



DOCUMENTOS

III CONGRESO
ANTICAPITALISTAS

Hacer posible la revolución
Organizarse para avanzar

Diciembre de 2021



anticapitalistas



مركز الأبحاث والدراسات
البيئية والبيئية
والبيئية والبيئية

مركز الأبحاث والدراسات
البيئية والبيئية
والبيئية والبيئية

ÍNDICE

DOCUMENTO POLÍTICO 4

RESOLUCIÓN: Abajo los imperialismos, combatamos las guerras y la remilitarización capitalista 53



DOCUMENTO POLÍTICO

SITUACIÓN Y TAREAS POLÍTICAS

- El presente documento fue aprobado en el Congreso Confederado de Anticapitalistas celebrado en diciembre de 2021. Consta de un preámbulo y de tres partes. Desde entonces se ha agudizado la crisis energética, hemos conocido la invasión de Ucrania y se ha disparado la inflación -con alto riesgo de convertirse en estanflación- mostrando la peor cara de las hipótesis que hacíamos.

- En la primera, identificamos las razones estructurales de la actual crisis capitalista y sus principales expresiones políticas (auge de la extrema derecha y revueltas populares) a escala internacional, proponiendo algunas tesis para afrontar los fenómenos.

- En la segunda parte, analizamos el estado de la formación social española (estructura económica, clases, Estado), los efectos del ciclo anterior y el estado actual de la coyuntura, fijando nuestra posición política ante los acontecimientos en curso, y delineando también las tareas programáticas que asumimos.

- En la tercera, nos centramos en las tareas políticas vinculadas a la construcción de una organización revolucionaria, actualizando nuestro rol y tareas, así como algunas caracterizaciones relacionadas con los movimientos sociales, sindicales y emancipadores. También afrontamos la cuestión de lo electoral en la nueva fase.

PREÁMBULO

La base material de la vida en tiempos de pandemia: la crisis civilizatoria

- La crisis del COVID suele presentarse, desde la mirada del sentido común dominante, como una crisis contingente. Y no hay duda de que, en parte, es cierto. Es una crisis que nadie se esperaba, por más que desde el mundo científico y los sectores más avanzados de la ecología política se advirtiera de una posibilidad similar desde hace décadas. Pero, aun así, no estaba en la agenda pública, y mucho menos las sociedades se habían preparado para algo similar. Dicho esto, la crisis del COVID tiene causas estructurales fundamentalmente ecológicas asociadas directamente al sistema económico vigente porque está vinculada a la pérdida de la biodiversidad originada por la desaparición de los diferentes ecosistemas, particularmente bosques, selvas y hábitats de diversas especies, producto de la fatal combinación de productivismo y ausencia del principio de precaución inherentes al desarrollo del capitalismo desde sus orígenes. Un capitalismo en crisis que tiende también a destruir las condiciones de su propia reproducción, aumentando la carga y tasas de explotación sobre el trabajo reproductivo y las mujeres.

- La condición ecológica de la crisis no ha sido en absoluto la dominante en la explicación general del capital. El origen de la situación pandémica está en la pérdida de la biodiversidad y el desborde de los reservorios ecológicos de la naturaleza, pero la narrativa dominante ha impuesto la lectura del COVID como una alteración de orden fortuita que no tiene nada que ver con los elementos centrales de la actividad capitalista. Esto no hace sino adelantar el carácter de los nuevos conflictos ecológicos, que no aparecen como estrictamente ecológicos, sino que, al estar fuertemente implicados en la actividad diaria del conjunto de la sociedad, se muestran bajo formas mediadas y ocultan su carácter ecológico.

- La rápida propagación planetaria de la pandemia fue posible gracias a los mecanismos materiales de producción e intercambio de la globalización capitalista. La brusca interrupción de las cadenas de valor mundiales con la correspondiente caída del PIB mundial, evidenció la fragilidad de la economía-mundo. La crisis Covid desata, vehicula, radicaliza o engarza con otras crisis capitalistas, generando una crisis global y multidimensional, de época y civilizatoria.

- La respuesta al COVID es un ejemplo ilustrativo de la profundidad de esta crisis. Por una parte, la vacuna ha supuesto un logro de gran alcance para la humanidad. La paradoja es que este logro se ve limitado por los dos grandes rasgos estructurales e instituciones que definen el capitalismo: la propiedad privada y el estado nación. Se calcula que hasta pasado la mitad del siglo -de continuar las cosas como hasta hoy- no se habrá culminado el proceso de vacunación a escala global. Esto se debe a la negativa de las farmacéuticas privadas a liberar las patentes -pese a que gran parte de la inversión que hizo posible la investigación básica y aplicada fue a cargo de las arcas públicas-, a la impotencia y a la falta de voluntad política de los estados-nación para liberarse del yugo de la propiedad intelectual privada y la lógica de nacionalismo de vacunas en la que está inmerso el conjunto del planeta.

- Y finalmente cabe poner de relieve que, frente a la aparición de este nuevo SARS, los insolidarios gobiernos de los países ricos solo han recurrido a medidas reactivas como la solución tecnológica de la vacuna y, de forma errática y conflictiva, a alguna regulación social. Pasos manifiestamente insuficientes que revelan que la élite gobernante sigue instalada en el mero tecno-optimismo vinculado a la generación de nuevas fuentes de ganancias capitalistas. La vacuna, con ser imprescindible, debería acompañarse de medidas de fondo en la relación sociedad-naturaleza o sea producción-biosfera.

- En ese sentido, no hay nada de anómalo o disfuncional en esta lógica que hemos descrito: es el capitalismo en su esplendor. El sistema mundo y las sociedades pos-covid serán más desiguales y conflictivas. Habrá más desigualdad interna y más desigualdad entre países, acelerando el proceso de reordenamiento y recomposición social que el neoliberalismo inició hace más de tres décadas.

- Este aumento de la desigualdad también está asociado al principal problema que se cierne sobre las condiciones de vida, el del calentamiento global. Según el Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC) de Naciones Unidas existe evidencia científica sobre el calentamiento global en curso y recalca que existe una enorme diferencia entre el impacto y efectos de un aumento de 1,5° C de calentamiento y los de 2° C. Ello pone absolutamente en entredicho las declaraciones sin medidas efectivas y los suicidas objetivos de emisiones de las cumbres del clima que reúnen a los gobernantes del mundo desde 1972 con la Cumbre sobre el Medio Humano de Estocolmo. Nada han hecho, y decisiones como la creación de un mercado de emisiones de CO₂ sólo han servido para seguir arrojando gases de efecto invernadero a la atmósfera. El registro de Berkeley Earth muestra que el mundo ya se ha calentado 1,25°C desde el período preindustrial. Estamos ya en zona de riesgo, máxime cuando existe una inercia de los efectos causados por emisiones pasadas que siguen operando sea cuales sean las presentes y futuras; este calentamiento interactúa con otros vectores de la biosfera agravando diversas crisis ambientales. Esta cuestión hace de la transición energética, ecológica y ecosocial una prioridad de la agenda anticapitalista.

- Desde mediados del siglo XIX la revolución industrial impulsada por el capitalismo indexó el crecimiento de la economía al de la contaminación. Por ello, más que hablar de Antropoceno -término que recoge una realidad indiscutible- que puede diluir las causas y responsables de la crisis climática hay que hablar de Capitaloceno. No son los seres humanos de forma indiferenciada los culpables, sino el modo de producción capitalista y, por tanto, la clase dominante que lo rige y se beneficia del mismo, el responsable de la tragedia. El capitalismo ha implementado

un modelo productivo depredador de recursos finitos, extractivista, agresor y destructor de los recursos renovables y sumamente contaminante, degradando tanto el medio atmosférico, las tierras y los mares. De ahí nuestra crítica a las posiciones hegemónicas en los partidos verdes y entre los defensores del New Green Deal, pues intentan paliar con correctivos las actuaciones ambientalmente más agresivas, incluso defendiendo las bondades del mercado para sus propósitos, sin plantear terminar con la causa: el reinado del capital.

- El aumento de los disturbios y desastres climáticos, de las lluvias torrenciales e inundaciones, de las sequías sin fin, del deshielo de glaciares y polos, de la creciente desertificación y del incremento de olas de calor o de frío son las manifestaciones del cambio climático, de los desequilibrios que acusa ya la biosfera. Y son la fuente de nuevas tragedias humanitarias, destrucción de empleos y puestos de trabajo, migraciones y pobreza, pues los cambios en el clima están modificando sustantivamente la agricultura y las condiciones de subsistencia de millones de personas, modificando los mapas de las enfermedades y cobrándose vidas humanas por efecto directo o por daños en la salud. Esto, indudablemente, se está dando en el conjunto del planeta -aunque particularmente en puntos como el sudeste asiático, centro Europa o Nueva Orleans-, pero no tiene la misma dimensión catastrófica para las distintas clases sociales y para los diferentes países. Parar el deterioro de la biosfera urge y el tiempo, como más bajo se señala, se ha convertido en un factor político ante el riesgo de colapso y nos plantea un reto sin precedentes: solo una sociedad poscapitalista con un proyecto ecosocialista y participación activa de las y los trabajadores y el resto del pueblo en las decisiones, mediante la planificación democrática de la economía y el control obrero de la producción con criterios de justicia social y sostenibilidad ecológica, puede ser garante de la vida, lo que implica “darnos prisa” para crear las condiciones de esta.

- A la crisis ecológica viene a añadirse la cuestión de la explotación del trabajo humano y la desigualdad social. El socialismo debe superar el trabajo asalariado, así como sus múltiples formas alternativas de explotación parasitaria: del trabajo de cuidados no remunerado, de los bienes públicos y de la riqueza expropiada a sujetos racializados y a la naturaleza no humana. El socialismo debe ser, pues, feminista, antirracista y antiimperialista, ecosostenible y democrático. El gran reto del socialismo a día de hoy es proyectar una transición ecológica realizada democráticamente bajo el poder popular, como garantía del reparto de todos los trabajos y de trabajar y vivir en armonía con la naturaleza. Por eso a nuestra propuesta de sociedad, nuestro programa y nuestra estrategia las denominamos ecosocialista.

- Este documento parte de esa premisa para proponer una explicación de la situación histórica que explore las razones estructurales de la crisis, sus formas políticas tanto a nivel internacional como del Estado español, aterrizando en los debates políticos vinculados a la tarea de construir un proyecto revolucionario en estas circunstancias.

Primera parte: Tendencias globales

Razones estructurales de la crisis

- Lejos de estabilizarse, el capitalismo parece entrar en una nueva fase de crisis económica en el marco de la onda larga depresiva en la que entró a partir de los años 70. Las causas de esta crisis son estructurales, inmanentes al propio sistema. Frente a los análisis politicistas cortoplacistas del pensamiento keynesiano o liberal, lo relevante es entender las causas objetivas que generan la crisis sistémica. Por supuesto que eso no es óbice para no reconocer que hay un cierto margen para las políticas públicas dentro del propio capitalismo; según se opte en una dirección u otra, los efectos a corto y medio plazo serán distintos. Los intentos de Biden de superar la etapa de Trump y reiniciar un ciclo de acumulación capitalista, combinando

inversiones públicas y crecimiento económico con el objetivo de reposicionar a EE. UU. como hegemon global ante el ascenso de China, se producen inmersos en una serie de tendencias de fondo, determinadas por dinámicas endógenas del propio sistema.

- El capitalismo está en una onda larga depresiva, provocada por una crisis de rentabilidad, cuya principal causa es la tendencia descendente de la tasa de ganancia. El capitalismo financiarizado ha logrado la simbiosis del capital vinculado a los principales sectores productivos con mayor valor añadido en toda la cadena de valor y las finanzas. De hecho, buena parte de los capitales asociados a los sectores productivos obtienen mayores beneficios especulando con las deudas (propias o ajenas) que con la producción de las mercancías que les caracteriza. De ahí que resulte ridículo encontrar un capitalismo bueno y laborioso en contradicción abierta con un capitalismo usurero y parasitario. Esa aparente fortaleza es también su principal debilidad. Ciertos métodos que en el pasado sirvieron para reabrir ciclos de acumulación, como el expansionismo imperialista colonial, están bloqueados porque la propia expansión capitalista ha provocado que no quede ningún lugar del mundo libre de la lógica del capital. Por otra parte, el mecanismo de la deuda, que durante décadas ha servido para desplazar las contradicciones de un modelo de acumulación agotado, está empezando también a mostrar sus límites, con la certeza de que tendrá un efecto multiplicador en la próxima crisis. En este momento, está descartada una guerra abierta en territorio occidental que reabriera una fase de reconstrucción masiva en los países centrales del capitalismo, como supuso la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, las crecientes demandas del sistema económico en torno a la carestía de materiales abren una situación cada vez más compleja. La guerra comercial entre EEUU y China supone el trasfondo de buena parte de estos conflictos, y también oculta una cuestión relacionada con la crisis ecológica y con la creciente lucha por los materiales claves para la transición productiva y, en primera instancia, energética, que está realizando el capital. La destrucción del tejido productivo (que no su desplazamiento) que preludie una nueva fase de crecimiento parece descartada, ya que los avances tecnológicos no han conseguido generar un nuevo ciclo de acumulación lo suficientemente sólido como para generar una onda larga ascendente. Ante la permanente rémora de la tendencia descendente de la tasa de ganancia, el capitalismo ha buscado, como sistemáticamente viene haciendo, su salida en la intensificación de la explotación humana y de la naturaleza en un proceso de devaluación permanente del trabajo productivo y reproductivo, y de degradación de la biosfera.

- Por eso, la tendencia hacia la recomposición del capitalismo a nivel mundial adquiere la forma aparente de "desglobalización", si bien lo que está en disputa es la dirección histórica y política de la globalización: qué actores dominarán y hacia dónde se orientará el control geopolítico. Una reordenación del tablero mundial y una reorganización de las viejas, nuevas y emergentes oligarquías internacionales que, sin embargo, no cuestionan elementos centrales de la globalización capitalista como la financiarización global de la economía o la mercantilización creciente de cada vez más ámbitos de la vida, lo que supone una huida hacia delante pero también el germen de nuevas convulsiones. Esto es el nodo central, hoy en día, de la geopolítica capitalista: cómo en un mundo competitivo y en crisis, las grandes potencias consiguen colocarse en mejor situación, sin ser capaces de volver a una situación pre-globalización, ya que los vínculos y conexiones globales ya forman parte indisoluble del capitalismo. Los estados compiten entre ellos por el capital, lo que manifiesta la reorganización a gran escala de la oligarquía capitalista con la aparición de nuevos agentes, nuevas fracciones del capital -muy particularmente en Asia- en disputa por el control de la riqueza y el ingreso. La guerra comercial entre EE. UU. y China o el Brexit, forman parte de un proceso de reestructuración del sistema mundo a nivel global, que tratará de dividir el mundo en zonas de influencia que compitan entre sí. Ello explica también la aparición de nuevas formas de expolio de los países empobrecidos, particularmente grave en el extractivismo minero y el control de las tierras fértiles o los recursos de agua. Este capitalismo depredador y sucio es el marco real en el que se da la lucha por controlar los nuevos yacimientos de ganancia como las tecnológicas, las distribuidoras gigantes y otras fuentes de lucro.

- Paralelamente, la vía de acumulación interna de capital está totalmente vinculada a tres factores: mercantilizar los servicios públicos para generar nuevos nichos de acumulación, atacar al salario para generar una contra tendencia a la caída de las tasas gananciales, y

mantener fuera del terreno de los derechos todo lo relacionado con la reproducción social. Esto augura una presión permanente desde el poder económico y el Estado hacia las capas medias, trabajadoras y populares (especialmente hacia las mujeres), así como escasos márgenes para políticas redistributivas y de expansión de derechos. Bien al contrario, el modelo económico basado en la acumulación capitalista implica dismantelar y despojar los derechos de las clases populares y la incursión salvaje del capital privado en todos los nichos de negocio, incluyendo los servicios públicos, la sanidad, la enseñanza, las pensiones y actividades como las infraestructuras y transportes, entre otras, mediante la apropiación y utilizando todos los recursos a su alcance. Y también, no lo olvidemos, una doble operación basada en el control directo de los mecanismos políticos al servicio de sus fines y una reducción del espacio de lo público, y, por tanto, de la política, con el doble objetivo de, por una parte, reducir al mínimo la capacidad política de las clases populares mediante su organización autónoma, y, por otra, minimizar la intermediación política. Producto de ello es que a nivel mundial y en cada región del mundo y país, se ha dado un proceso exponencial de concentración de la riqueza y el ingreso en una exigua minoría y la pérdida de recursos materiales por parte de la mayoría. El neoliberalismo lejos de haber generado “menos estado”, bien al contrario, ha reforzado al estado convirtiéndolo aún más que antes en un instrumento decisivo para financiar al capital y legislar a favor de sus intereses, a la vez que “retiraba” la intervención estatal para limitar la pobreza o la desigualdad social que por un tiempo sumamente corto en la historia ha podido suponer el llamado estado del bienestar.

- La crisis precipitada por la pandemia ha propulsado el endeudamiento. La deuda pública y privada se encuentran actualmente en niveles críticos. Mientras que los países del Sur ya se encuentran inmersos en una crisis de la deuda, en los países del Norte global, como es el caso del Estado español, el peso de la deuda va a determinar las políticas de ajuste que ya se están planteando como vías para solucionar la crisis. La centralidad de la deuda en el período actual se pone de relieve en los dos ámbitos en los que se produce. La privada da cuenta de la situación límite en la que se encuentra el capital en cuanto a la consecución de su tasa de beneficio. El endeudamiento privado permite mantener un número creciente de empresas “zombis” a flote, a la par que posibilita seguir alimentado la especulación financiera. La deuda pública, por su parte, sirve como excusa para seguir desposeyendo a la clase trabajadora para alimentar los circuitos del capital privado. Estos mecanismos de la deuda son los que han permitido poner en marcha las reformas de ajuste estructural y de austeridad a lo largo y ancho del mundo, mecanismos que de hecho dan a la deuda un papel fundamental e imprescindible para el funcionamiento de las administraciones públicas. Por ello la deuda forma parte también de los aparatos de dominación social que con más eficacia ha puesto en marcha el capitalismo neoliberal. El endeudamiento creciente de las poblaciones como medio para acceder a servicios y bienes básicos como la alimentación, la sanidad o la educación han actuado como mecanismos de extracción de riquezas suplementaria a la par que sirve para disciplinar a la población. Disciplina que opera tanto en los espacios productivos (precarización del empleo y empobrecimiento) como en los reproductivos.

- La crisis ecológica, tal como arriba se ha enunciado, introduce nuevos límites al desarrollismo capitalista y también nuevos límites a las temporalidades transformadoras. El capitalismo se enfrenta a la finitud de los recursos del planeta y de manera especial a una crisis energética que bloquea sus posibilidades de desarrollo. Esto podrá expresarse de diversas formas, siendo el bloqueo de las cadenas de suministro globalizadas una de las más visibles. Algunas estrategias usadas tradicionalmente por el capitalismo como las subvenciones públicas, la reducción de impuestos o el incremento del extractivismo se muestran insuficientes para resolver las situaciones derivadas de la sinergia entre crisis ecológica, energética y climática, en fatal coincidencia con la pandemia. Consideramos esto como algo central para entender el desarrollo de la crisis: la agudización de las contradicciones interimperialistas y el bloqueo objetivo de ilusiones reformistas verdes, que no es otra cosa que un intento de reactivar el ciclo de acumulación capitalista a través de una demanda agregada “verde”. Este imposible Capitalismo verde puede además alimentar aún más la creación de monstruos reaccionarios: si no es justa, la supuesta transición ecológica podría constituir un nuevo abono para los populismos autoritarios ecodidas en el Norte global, mientras aumenta la presión sobre el territorio, las comunidades y los recursos escasos en el Sur global. Es importante que

consideremos la dimensión política de la cuestión de la temporalidad del cambio político en relación con la cuestión ecológica. Con las tendencias actuales, los tiempos de degradación de la biosfera van mucho más aprisa que los tiempos de una alternativa revolucionaria. Sin revolución (en sentido literal de la palabra) no hay solución, pero las soluciones que pretenden aportar un horizonte revolucionario quedan condicionadas por la incertidumbre derivada de la crisis medioambiental. Esta consideración debe marcar nuestras prioridades estratégicas y tácticas.

- De fondo, los grandes desafíos ecológicos suponen una red de incertidumbre en torno a la posibilidad de este proyecto de aceleración verde de la economía capitalista. A medio plazo, son inviables, pero ya a corto plazo su viabilidad depende de elementos que no puede controlar. La pandemia ha supuesto un bloqueo muy visible pero no tiene por qué ser el único, al contrario, es indicio de que hemos llegado a una situación en la que los desequilibrios ecológicos son tan grandes que pueden provocar efectos de enorme impacto en campos donde no los esperábamos. En segundo lugar, el cambio climático se ha acelerado y puede hacerlo aún más si los bucles de retroalimentación se desatan en los próximos lustros, con consecuencias brutales tanto en lo social como en lo económico. Y en tercer lugar, el horizonte de reducción de la disponibilidad energética es tan grande que no puede permitir una transición sin reducción de la esfera económica, porque la disponibilidad energética que suponía el petróleo no es alcanzable, ni remotamente, por las energías renovables.

Geopolítica y nuevos bloques

- En ese sentido, aunque hemos descrito las relaciones estructurales sobre las que desarrolla el periodo actual, es necesario incluir una serie de apuntes geopolíticos decisivos. Hablamos de geopolítica en su sentido más pleno: el vínculo indisoluble entre la política interna y la política externa, la relación que existe entre la política nacional de un gobierno y las necesidades en el terreno global del capital al que representa. Es, en ese sentido, como debemos interpretar y comprender la guerra comercial entre EE.UU. y China, una disputa que sin duda marcará el siglo XXI.

- El capitalismo norteamericano sigue siendo el hegemón global: su poder financiero, aunque debilitado por su declive productivo interno y su dependencia del endeudamiento con China, sigue siendo predominante a escala mundial. Su fuerza militar sigue siendo muy superior al resto de los países o polos regionales. El desarrollo interno y externo chino se ha basado fundamentalmente en un proceso de industrialización acelerado vinculado a la exportación y a un enorme trasvase de mano de obra del campo a la ciudad, con bajos salarios y sin el coste que supone la generación de una estructura de estado del bienestar como la que existió en Europa después de 1945. Estos dos procesos en paralelo (el lento declive estadounidense, el ascenso chino) han sido mutuamente dependientes, pero, a la vez, han llegado a un punto donde sus intereses confluyentes comienzan a chocar entre sí. La guerra por los recursos y en torno a la producción de tecnologías de alto valor añadido tiene como consecuencia un enfrentamiento de carácter mundial, abierto en el terreno comercial, soterrado en el plano político y todavía incipiente en un sentido militar, pero sin duda marcarán todos y cada uno de los realineamientos de los estados nación o de las estructuras supranacionales como la UE.

- Las configuraciones políticas derivadas de esta lógica de enfrentamiento están todavía en desarrollo, aunque hay una serie de elementos estables que podemos poner encima de la mesa. En el caso de EE.UU., el trumpismo fue un intento de articular una lógica proteccionista, retomando la tradición aislacionista de una importante fracción de la burguesía americana, apoyada por los sectores petroleros y extractivistas más vinculados a la auto-explotación territorial. Es evidente que, desde un punto de vista de este objetivo, el trumpismo ha sido un fracaso estrepitoso. Con una política exterior incoherente y errática, solo limitada por las inercias del entramado institucional estadounidense, la posición geopolítica de EE.UU. no ha hecho más que debilitarse. Al apoyarse interiormente en una alianza entre las viejas clases medias, la vieja y empobrecida clase obrera blanca pulverizada por la desindustrialización y las corporaciones energéticas, las divisiones internas aumentaron. Al priorizar los privilegios

de este poderoso bloque de poder en declive, los conflictos internos aumentaron, así como las desigualdades de clase, género y raza, sin ser capaces de reiniciar un ciclo de acumulación virtuoso capaz de conseguir que EE.UU. recuperase su añorado ciclo ascendente. En ese sentido, Biden supone una novedad, tanto por el bloque social sobre el cual erige su proyecto (nuevas clases medias urbanas, incluyendo elementos racializados, sectores de la aristocracia obrera vinculados al sindicalismo demócrata, la burguesía cosmopolita de Silicon Valley y Amazon) como por su propuesta neo-atlantista, que busca involucrar a Europa en la batalla frente al ascenso chino y otras amenazas de segunda fila, como la Rusia de Putin. No es de extrañar que este proyecto incluya también una cierta recomposición interna en un país fuertemente dividido tras la etapa de Trump.

- Es, en ese sentido, como debemos interpretar el giro propuesto por Biden. La enorme conflictividad social y política de los últimos años en EE.UU. no ha sido protagonizada exclusivamente por el trumpismo, sino también por revueltas de profundo recorrido como el Black Lives Matter (BLM). Un choque de clases al que Biden trata de dar respuesta desplegando un programa de centroizquierda, expansivo en el terreno del gasto público, que busca, por una parte, impulsar el consumo interno, paliar el hundimiento social de amplios sectores de la población y, por otra parte, cohesionar al país en torno a una nueva regeneración capitalista modernizando parte de las infraestructuras y del propio aparato productivo.

- Debemos estudiar atentamente el volumen real de los planes anunciados por el presidente Biden, mediados por el obstruccionismo político del trumpismo, convertido ya en una corriente de masas en la política americana. En ese sentido, el volumen de la inversión real va a ser muy inferior a lo anunciado inicialmente: se calcula que pasa de los 2.200 billones de dólares a 550 mil millones. Pero la dirección de su apuesta está clara: impulsar un gran rescate del capitalismo americano, que renueve la infraestructura económica del país en torno a nodos clave como la energía, en consonancia y acuerdo con las grandes tecnológicas y empresas logísticas. Está por ver el efecto político y social de este intento, todavía incipiente, de rearmar un proyecto de estas características.

- Debemos de huir de caracterizaciones grandilocuentes, propias de la izquierda de propaganda, que hablan de un nuevo New Deal. Las diferencias son obvias, sobre todo cuando hablamos de un capitalismo en declive, no simplemente en crisis, un estado con tasas recaudatorias muy inferiores, una posición más vinculada al consumo y a la financiarización pos-productiva que a la generación de valor. La reforma tributaria que ha liderado Biden a escala internacional elevando los tipos mínimos del impuesto de sociedades debe entenderse como una fórmula de recuperación del lugar perdido por EE.UU. en la guerra competitiva con China. Por un lado, la recuperación de cierta recaudación permitirá invertir en la industria norteamericana, que pierde pie ante su competidor asiático y, por otro lado, exigir unos mínimos cambios al resto de países respecto a este impuesto vacuna a EE.UU. de una huida de su capital, lo que, por otra parte, tampoco comporta un gran esfuerzo progresivo en el resto de países. EE.UU. contaba con un sistema tributario muy regresivo y desfiscalizado hasta la fecha en comparación con el de otras economías y, por ejemplo, en el caso español, aplicar la elevación del tipo mínimo apenas aumentará la recaudación. Pero no debemos tampoco infravalorar los efectos políticos coyunturales que Biden puede tener en el interior de EE.UU. y en el exterior, como la integración parcial de los sectores de clases medias de los movimientos populares en el régimen neoliberal progresista, el freno a través de cheques monetarios de ciertos elementos depauperizados de las clases trabajadoras, el rearme de un ciclo corto-medio de acumulación a través de la renovación de infraestructuras y de sectores energéticos o la aparición de una política imperialista más diplomática con respecto a Europa y agresiva con respecto a China-Rusia.

- En el caso chino, el PCCh ha completado su larga marcha hacia el capitalismo convirtiendo a China en una potencia global en ascenso, con su unificación interna prácticamente culminada (a falta de Taiwán), aunque con una fuerte opresión de las minorías nacionales internas y tras la consolidación de la anexión y eliminación del autogobierno en áreas como la del Tíbet. El PCCh es un partido que ya no tiene de comunista más que el nombre y las remembranzas históricas. Es el partido del capitalismo chino, de la burocracia del estado y del proyecto

nacional-global de convertir a China en el nuevo hegemon. Un partido que ejerce un papel represivo contra la clase obrera y sus rebeliones que, si bien no son revolucionarias, tratan de ubicar a los trabajadores en mejor situación dentro del proceso de desarrollo chino, contrapesando las tasas de explotación salvaje en las que se basa el crecimiento del capital. La política interior china, basada en el crecimiento acelerado, el desplazamiento del orden tradicional, el monopolio político de la burocracia del estado y la planificación capitalista es el reverso, condición y motor de una política exterior basada en el acaparamiento de recursos, el respeto pragmático por la autonomía política formal del resto de países y una agresiva política comercial y financiera, fuertemente proteccionista pero muy invasiva a la hora de colocar mercancías en el terreno global. También hay que tener en cuenta que la imagen de China, en un mundo caótico y desordenado, ha salido fuertemente reforzada tras la crisis del COVID. Así como la URSS fue capaz de ejercer un fuerte atractivo para muchos países subalternos que buscaban un desarrollo no subordinado al centro capitalista, China puede jugar un rol similar, en circunstancias totalmente distintas ya que no proporciona un desarrollo sistémico alternativo. Las incógnitas sobre China son evidentes: no conocemos aún qué margen tendrá la burocracia para desarrollar y fortalecer su mercado interno e integrar a determinadas fracciones del proletariado (pues integrarlas puede conllevar problemas de rentabilidad, ya que su acumulación se basa en elevadas tasas de explotación), y tampoco podemos anticipar su capacidad de resolver las disputas tecnológicas y geopolíticas en su favor. En resumen, todo ello se está dando y va a seguir produciéndose en un marco de restauración capitalista ya hoy innegable.

- Lógicamente, nuestra posición en este choque inter-imperialista se basa en poner en el centro la paz global y en luchar contra las intervenciones imperialistas, ya sean militares o extractivistas, denunciando la política de bloques y la tendencia hacia la militarización de las relaciones internacionales. Por otro lado, defendemos una política de independencia con respecto a las dos grandes potencias, buscando relaciones internacionales no dependientes y que tiendan a generar un bloque alternativo y solidario, aunque somos conscientes de que en un mundo globalizado y en disputa entre dos grandes polos, una revolución aislada en un país tendrá que luchar por sobrevivir, por extenderse y a la vez, buscar los resquicios que se abren en las fricciones entre diferentes bloques, sin comprometerse políticamente. El problema de fondo -para tener en cuenta como una tarea ineludible- que impide un despliegue mayor de una alternativa anticapitalista y revolucionaria es que no existe un movimiento obrero internacional e internacionalista como sujeto político determinante.

América Latina y los nuevos progresismos anglosajones

- Estas tendencias objetivas de la dinámica capitalista condicionan los desarrollos políticos del periodo también en zonas periféricas del capitalismo global, donde las grandes potencias han impedido un desarrollo tecno-industrial propio, condicionando su papel productivo a la extracción y suministro de materias primas, al monocultivo y a ser fuente de mano de obra barata, convirtiéndolas en economías totalmente dependientes. Los grandes reformismos, presentes sobre todo en América Latina a través de los llamados “populismos progresistas”, tienen serias dificultades para mantener los ciclos redistributivos que les permitieron dotar de estabilidad a sus regímenes políticos en la pasada década. De hecho, la gran paradoja de los populismos latinoamericanos (en una paradoja profundamente marxiana) es que sus políticas redistributivas, sin alterar las relaciones sistémicas, fueron incapaces de completar procesos de transformación duraderos en el tiempo y, a la vez, constituyeron como gestores privilegiados de sus economías a una capa burocrática ajena ya a los intereses de la mayoría, como es el caso de lo que se ha denominado boliburguesía.

- No se puede asociar mecánicamente el retroceso del “progresismo” latinoamericano al resultado de sus mismas medidas redistributivas. Según esta hipótesis, estos gobiernos, al sacar ciertos sectores sociales de la pobreza, habrían construido una “nueva clase media” que tuvo acceso a un consumo, que estaría cargado de dimensiones aspiracionales típicas de los sectores medios tradicionales y que políticamente se representarían en la derecha. Los gobiernos latinoamericanos habrían construido su propio enterrador: los mismos beneficiados

por sus políticas. Se construye así un relato trágico de estas experiencias, donde las conquistas sociales son funcionales a la reacción: la política popular construye un sujeto social hostil. La conclusión paradójica es que los gobiernos progresistas fueron “demasiado lejos”, y que no hay posibilidad de mejorar el poder estructural de las clases subalternas y a la vez, avanzar hacia la ruptura, porque su fortalecimiento implica un proceso transformista que las muta en agentes conservadores.

- A diferencia con las experiencias latinoamericanas clásicas de “compromiso de clase” de los años 40 y 50 (varguismo, peronismo, etc.), los populismos latinoamericanos no han reestructurado las clases hasta tal punto. De hecho, la vanguardia de las reacciones derechistas han sido las viejas clases medias y los sectores más ideologizados de la burguesía nacional-dependiente. Los sectores sociales más virulentos con los gobiernos progresistas no fueron los beneficiarios directos de sus políticas, sino sus “perjudicados relativos”, aquellos que se vieron menos beneficiados que otros sectores sociales más pauperizados, y que vivieron como una agresión contra su estatus cultural este “emparejamiento”. Es cierto que ciertos sectores de las clases populares y trabajadoras también han sufrido el impacto de cierto “deseo aspiracional”, en un contexto en donde el progresismo no desarrolló políticas sociales universales o una red fuerte de servicios públicos. Lo cual tendió a disminuir el papel político de las mejoras sociales, y estimular un discurso meritocrático que conectó con el discurso de la derecha. En todo caso, hablamos de un factor secundario.

- Paradójicamente, es así como se explica la pervivencia del progresismo: las bases sociales fortalecidas relativamente por el progresismo no se pasaron orgánicamente al bloque burgués, sino que, a pesar de las derrotas, han reaccionado reagrupándose en el progresismo frente a la reacción. Esto es lo que explica el resurgir de Lula o del MAS en Bolivia.

- Además de los límites que ya hemos señalado en este tipo de propuestas políticas (su autoritarismo, la incapacidad o falta de voluntad para impulsar un proceso de transformación ecosocialista, un reformismo que deja intactos los núcleos de poder de la clase dominante y que permite su recomposición política, la tendencia a pasivizar y mantener una relación instrumental con las clases subalternas), en esta nueva etapa histórica éstas carecen de posibilidades reales para hacer efectivas políticas pos-neoliberales. Los casos de López Obrador en México o del peronismo argentino son paradigmáticos. El caso venezolano es un ejemplo de la tendencia al colapso de las revoluciones hechas a medias (a pesar de lo cual mantenemos una posición de su defensa frente al imperialismo). El golpe de estado contra el gobierno de Evo Morales o el impeachment contra Lula evidencian tanto el fracaso de las políticas reformistas que se quedan a medio camino en el terreno de la expropiación material y política de la oligarquía, como el carácter golpista de esta última. Sin embargo, la recuperación del poder por parte del MAS boliviano, la rearticulación del “lulismo” como la alternativa política más viable a Bolsonaro o la victoria electoral de Pedro Castillo nos obligan a señalar no solo los límites de estos fenómenos, sino también su persistencia y arraigo en las masas populares de sus países. Es decir, no estamos hablando de fenómenos contingentes o temporales, sino de movimientos que, pese a sus crisis y límites, forman parte de la realidad de los estados latinoamericanos: un bloque de poder alternativo al de las élites tradicionales, que propone formas mixtas de organización política y un desarrollismo capitalista diferente en el plano geopolítico al de las burguesías dependientes. Esto no significa que los populismos reformistas latinoamericanos tiendan ni si quiera a cumplir los objetivos que se han fijado ellos mismos. Sus proyectos regeneracionistas se quedan a medio camino entre el pacto con las viejas élites, una mayor independencia geopolítica y proyectos redistributivos que no alteran la estructura tradicional de clases de sus países. Pero suponen un nuevo factor surgido en las últimas décadas, persistente y políticamente híbrido, para tener en cuenta, sobre todo si se contrasta con el derrumbe estrepitoso de las viejas izquierdas socialdemócratas y eurocomunistas europeas. Nuestra posición debe ser solidaria frente a las reacciones de las oligarquías, manteniendo una posición de independencia ideológica y política pero dialógica y de encuentros tácticos con ellos, prestando atención a los sectores rupturistas que puedan surgir, pero buscando sinergias con las luchas extraestatales y los movimientos políticos anticapitalistas, muchas veces perseguidos y criminalizados por los progresismos latinoamericanos.

- Sin embargo, en los últimos años han surgido en los países anglosajones una serie de nuevos socialismos, que, sin tener un carácter revolucionario, implican la aparición de alternativas neo-reformistas que caracterizamos como progresistas. Al contrario que otros fenómenos que implican un desvío pasivizante de las luchas y las protestas, tanto Corbyn como Sanders supusieron un salto político que permitió la recomposición de agendas políticas de izquierdas que, con todas sus ambivalencias y límites, supusieron un salto positivo al llevar el cuestionamiento del neoliberalismo al corazón de Occidente. Su presencia y su desarrollo suponían la posibilidad de alterar la relación de fuerzas en un sentido positivo, en un contexto en donde el extremo centro y la extrema derecha parecían monopolizar la lógica política en las democracias occidentales. Está por ver si estos fenómenos tienen continuidad en el tiempo. El corbynismo fue derrotado electoralmente y no consiguió transformar internamente al partido laborista, la gran tragedia recurrente de las corrientes de izquierda socialista que operan en este partido. La reacción del aparato blairita ha sido tan brutal como timorata fue la política interna del corbynismo: una purga a gran escala que ha dejado muy debilitada a la corriente corbynista. Todavía es pronto para saber si resurgirá este fenómeno o si solo fue una excepción. El sanderismo, por otra parte, se ha visto desbordado por otro tipo de fenómenos insurgentes como el Black Lives Matter (BLM) y las expresiones políticas que se desarrollaron bajo su influjo como Democratic Socialists of America (DSA) han continuado su desarrollo organizativo, pero viven un momento de encrucijada estratégica ante la aparición de la administración Biden. Sanders y su círculo más cercano han optado por integrarse como izquierda del nuevo gobierno demócrata, ejerciendo un papel de presión cuyos resultados son todavía inciertos. DSA y la nueva izquierda socialista tienen ante sí el reto de relacionarse de forma virtuosa e independiente con el Partido Demócrata, fortalecerse organizativamente y conectar con los nuevos movimientos populares que ya no se expresan en torno a lo electoral. Es cierto que hasta ahora la táctica ambigua de DSA se ha mostrado útil para avanzar sin retroceder ideológicamente, pero esta situación no será eterna e inmutable: tarde o temprano (aunque esperemos que tengan el mayor margen temporal posible), la cuestión del partido demócrata ejercerá como parteaguas en la izquierda norteamericana.

La lenta decadencia europea

- La Unión Europea (UE) desde sus orígenes tuvo como objetivo la construcción de un amplio mercado que permitiera la recuperación y relanzamiento del capitalismo tras la devastación material y humana originada por la Segunda Guerra Mundial. Su precedente, la Comunidad Económica Europea (CEE) cuyo embrión fue la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA), tuvo como objetivo declarado crear un marco regulador de la competencia entre las burguesías nacionales de los países que formaban parte de esos acuerdos, que evitara la repetición de los conflictos habidos, objetivo que conectaba con las aspiraciones de paz de la opinión pública de esas sociedades. Estas instituciones creadas en plena “guerra fría” tuvieron también una función política en consonancia con la alianza con los Estados Unidos de América: sirvieron para hacer frente a la URSS y sus aliados, los países del mal llamado “socialismo real”. Posteriormente, la UE está sirviendo para intentar defender los intereses del capital europeo y de las burguesías que lo componen frente al ascenso de los diferentes bloques económicos con proyección neo-imperialista.

- La inestabilidad política en Occidente es un hecho. Ningún gobierno es estable hoy en día. Dicho esto, y destacando los fenómenos que describíamos más arriba, no han surgido fuerzas de izquierdas capaces de desestabilizar el sistema en la mayor parte de países, y el auge de la extrema derecha supone un fenómeno nuevo que las izquierdas no están en condiciones de confrontar más allá de las lógicas frente populistas.

- La Unión Europea ha entrado en una crisis constante. Esta crisis se refleja en dos ámbitos interrelacionados. Por un lado, el económico, ya que su peso relativo en la economía mundial no para de descender, la crisis bancaria no se ha conjurado en países centrales de la UE y de

la zona euro, como es el caso de Alemania e Italia, y la ralentización de su crecimiento económico ha sido combatida desde medidas monetarias del Banco Central Europeo (BCE) que hoy se muestran ineficientes, entre otras cuestiones. Por otra parte, la construcción política de la UE está paralizada y son varios los estados miembros que la desafían por razones diversas, entre otras, por el avance de los populismos de extrema derecha, por las dificultades de poner en pie políticas sobre migración comunes y por la debilidad de su “política exterior” carente de suficiente consenso y también de fuerza para llevarla adelante. El Brexit (que no ha significado una ruptura progresista de la UE, sino la rearticulación nacional-soberanista de la alianza entre EE.UU. y Reino Unido) y la inestabilidad de los gobiernos de extremo centro genera una sensación de “fin de época” del proyecto europeo. En ese sentido, nuestra posición es tan compleja como clara. Una desmembración en clave de repliegue estatal liderada por la extrema derecha aceleraría la recomposición reaccionaria. Sin embargo, cualquier gobierno de izquierdas tendría que enfrentarse a los límites impuestos por la UE, mientras busca alianzas internacionales y trata de extender su lucha y contradicciones al corazón de las instituciones. Hoy la vía de luchar por “otra Europa” está taponada, la vía de la desobediencia -por remota que parezca- es la que parece más realista como vía de ir apoyando una ruptura en clave popular en el momento en que se den condiciones para resistir el contraataque reaccionario (lo que incluye buscar desde el primer momento nuevos acuerdos con otros países) y sólo así podrá volverse a hablar en el futuro de una nueva alianza libre de los pueblos europeos.

- Por otro lado, somos conscientes de que el desarrollo europeo ha fortalecido las desigualdades internas en la UE, entre los países del centro y de la periferia-sur. Negar que el modelo de la UE implica el desarrollo de unos países a costa de otros es negar una obviedad. Pero es un modelo que implica fundamentalmente a las clases dominantes: unas con mejor posición como dominantes, otras subalternas, según su posición en la división europea del trabajo. Podemos decir que no hay una burguesía europea con intereses idénticos, pero sí que podemos afirmar que bajo las anteriores condiciones se han generado importantes vínculos entre las diferentes fracciones de las burguesías nacionales. Todo ello en un marco cada vez más homogéneo y precario para la clase trabajadora por abajo. En ese sentido, la contradicción entre una UE cada vez más desigual y la lucha de clases no se resuelve en el plano nacional: nuestra tarea es combatir las tentaciones chovinistas que busquen enfrentar clases nacionales o traten de armar cierres patrióticos. Nuestra propuesta busca una gran alianza de las clases trabajadoras y populares europeas frente a sus respectivas burguesías, asumiendo la vieja consigna bolchevique de que la primera tarea de una clase obrera es combatir a su propia burguesía.

- El capitalismo occidental de la primera etapa de fundación de la UE se fundamentó sobre un concepto aglutinador del que, más allá de su realidad práctica, emanaba buena parte de su legitimidad y hegemonía: la inclusión, la ampliación de las clases medias y la elevación del nivel de vida de la clase obrera. Por supuesto, este proceso fue producto de una dialéctica en la que interaccionaban las necesidades del capital (convertir al salario en un factor de demanda), la existencia de la URSS, la capacidad expansiva a nivel espacial del capital y la fuerza de un movimiento obrero reformista, pero también de la existencia de una vanguardia revolucionaria de masas capaz de empujar más allá. Durante unas pocas décadas se produjo en los países industrializados la inclusión de cada vez más capas de la población en la sociedad de consumo, en la cultura de masas, en el mundo del trabajo asalariado, en la vida urbana, en la universalización de servicios públicos y, en definitiva, inclusión en la “ciudadanía” y en la “sociedad del bienestar” que tenía en las “clases medias” su quintaesencia y fetiche. Frente a ello, hoy el capitalismo tardío en su actual fase neoliberal se caracteriza más bien por una dinámica de expulsiones. Una expulsión de la “sociedad del bienestar” que, para algunos colectivos, como las migrantes y solicitantes de asilo, se produce también en sentido físico, fronterizo. La dualidad entre unos grupos integrados cada vez más minoritarios y otros excluidos cada vez más numerosos es una de las principales características de nuestro tiempo, cuyo resultado es un proceso

acelerado de oligarquización del poder (político, económico, simbólico) y un aumento exponencial de las desigualdades.

- No parece que a corto plazo surjan movimientos de izquierda en Europa capaces de desbordar la relación de fuerzas impuesta por la dinámica extremo centro-extrema derecha. En Francia, Italia o Alemania, la influencia de la izquierda dista de ser decisiva, por no decir que ha devenido en marginal. La derrota griega ha supuesto un punto de inflexión del que la izquierda europea todavía no se ha recuperado. La debilidad de las fuerzas revolucionarias es evidente en este contexto. Incluso las experiencias más avanzadas que hemos reivindicado se encuentran atrapadas en los límites de la época y les pesa negativamente la correlación de fuerzas, en un horizonte de reformas no reformistas pero limitadas que, por lo menos, tienen el aspecto positivo de reivindicar la independencia frente al neoliberalismo. De hecho, un dato para tener en cuenta es la tremenda bancarrota de la tradición poscomunista: no es aventurado decir que está camino de la desaparición en Europa. Aunque, siendo realistas debemos reconocer que las fuerzas anticapitalistas no se encuentran bien situadas para tomar el relevo.

- La tendencia política en la UE es profundamente regresiva: los partidos de extrema derecha tienden a convertirse en fuerzas importantes que marcan la agenda nacional y condicionan las políticas de alianza, dando lugar a un bloque de poder sistémico neo-frentepopulista, en donde caben desde las derechas no pos-fascistas y liberales hasta los verdes, poscomunistas y socialdemócratas, junto con el eterno recurso a las soluciones tecnocráticas. Las coaliciones suelen ser fluidas e inestables, con alteraciones bruscas en el voto y sin puntos de anclaje definidos. La crisis es profundamente intra-sistémica y politicista, ya que no va acompañada de grandes convulsiones sociales, con algunas excepciones puntuales como los chalecos amarillos. El cansancio social provocado por la pandemia es todavía una variable difícil de evaluar, pero lo cierto es que nos encontramos ante sociedades cansadas, lejos del dinamismo de otras épocas, fragmentadas: la paradoja es que la crisis del movimiento obrero ha traído la crisis (sin expectativas) del conjunto de la sociedad bajo el capitalismo.

- En ese sentido, en momentos estáticos a nivel de movilización social, podemos caracterizar la situación como defensiva. La izquierda en Europa se encuentra en un estado de extrema debilidad social y con una falta de horizonte estratégico que le impide articular un programa de transición capaz de combatir las lógicas estructurales del capitalismo. En el plano de las demandas, el feminismo, el antirracismo, el ecologismo, la defensa de los servicios públicos y de ciertos derechos laborales, centran el discurso cotidiano de la izquierda, tanto de la social como de la política, de la reformista como de la revolucionaria. Pero en el plano de la lucha política, el articulador principal en esta fase defensiva es la defensa de la democracia -sabiendo diferenciarla de las formas e institucionalidad que adopta en el estado liberal- frente al auge del autoritarismo neoliberal y de la extrema derecha. La democracia como "articulador político" está ligada a la ampliación incesante de libertades y derechos y a la efectiva participación popular activa, tanto mediante el ejercicio de formas de democracia directa como por la vía representativa controlada mediante medidas radicales de control de la gente electa y la revocación.

- En ese sentido, debemos ser claros en nuestra oposición a los recortes en libertades y derechos, aun cuando estos se hagan con la excusa de situaciones de excepcionalidad o urgencia como ha sido la pandemia. Podemos anticipar la posibilidad de la instauración de un "pase Covid" como el que funciona ya en varios países europeos, que condiciona el acceso a locales públicos (bares, teatros, gimnasios, etc.) o incluso al puesto de trabajo, para poder demostrar mediante un código QR haber recibido alguna de las vacunas reconocidas por la UE.

- Se trata de una medida dictada por el interés económico de reactivar el consumo más que por criterios médicos. Con ella, se aborda un problema de salud pública, como es el de lograr

una vacunación generalizada, mediante la normalización de prácticas de control y vigilancia y medidas discriminatorias y segregadoras. Este tipo de medidas drásticas supuestamente a favor de la salud pública contrastan con la oposición de los gobiernos del norte a liberalizar las patentes de las vacunas para favorecer un acceso universal, preservando así los beneficios multimillonarios de las farmacéuticas. Si bien apoyamos el objetivo de la vacunación generalizada y defendemos el acceso a la vacuna para todas, nos oponemos a que esta pueda utilizarse para normalizar prácticas de control y vigilancia y medidas discriminatorias y segregadoras. Desgraciadamente, la extrema derecha ha hegemonizado el malestar contra el pase Covid, articulándolo a discursos conspiracionistas y ultraliberales. No por ello pensamos que no debemos tener una postura clara sobre este asunto, que nos permita dialogar con sectores despolitizados pero que sienten desconfianza hacia el gobierno o el poder de las grandes farmacéuticas y lo expresan en su oposición a medidas liberticidas.

- Pese a esta situación defensiva y la coyuntura actual de reflujo, durante los últimos años ha habido experiencias de masas emancipadoras. Agotada la experiencia de las plazas y con las opciones político-electoral de la izquierda anti-neoliberal derrotadas o en declive, el feminismo y el ecologismo asumieron el relevo como vectores de movilización anti-sistémica. Es cierto que en estos movimientos conviven varias perspectivas y que, por lo tanto, es fundamental la lucha por dotarlos de una perspectiva revolucionaria, opuesta a las tentaciones transformistas de las clases medias y las operaciones de cooptación del establishment, tal y como lo es la lucha contra la burocratización en el movimiento sindical. Pero lo cierto es han sido capaces de apuntar hacia dos cuestiones centrales del desarrollo capitalista: su centralidad es indiscutible de cara a los próximos ciclos y no debemos confundir reflujo con desaparición.

Hacia una estrategia europea

- Una propuesta política internacionalista no debe simplemente tratar cuestiones de solidaridad internacional. Debe tomarse en serio la tarea de plantear la resolución de los problemas en una escala supranacional, tratando de construir movimientos sociales y políticos globales, con raíces firmes en las realidades y particularidades locales. Ello implica partir de la realidad de la lucha de clases en el marco de cada estado para poder avanzar efectivamente hacia formas supra estatales de colaboración y articulación de iniciativas que sean la base político-organizativa de una estrategia internacionalista.

- En ese sentido, la reactivación de los debates europeos es una prioridad. No hay que olvidar que el auge de la extrema derecha como corriente política europea es el reverso tenebroso de la crisis de la izquierda europea y la derrota griega. El péndulo giró y muchos debates y consignas se quedaron por el camino. Con respecto a la UE, asumimos la desobediencia como estrategia gubernamental en un contexto en donde cualquier programa basado en la superación del neoliberalismo y en la ampliación de la soberanía popular chocará contra la clase dominante de la UE y con su entramado institucional. Esto no significa que nuestra propuesta política deba ser un repliegue al Estado-nación, sino una apuesta por superar la UE conforme está construida actualmente denunciando sus ataduras. Lejos de articular el conflicto en torno a una pelea por la posición de los diferentes estados, asumimos la necesidad de tejer solidaridad y uniones diferentes entre las clases trabajadoras de todo el continente, combatiendo el chovinismo nacional con una perspectiva basada no en recuperar la potencia de Europa en el mundo, sino en la solidaridad con todos los pueblos del mundo. Por lo tanto, no debemos renunciar a un discurso contra la UE que critique la falta de democratización en la toma de decisiones y, por lo tanto, el escaso respeto a la democracia, así como señalar la supeditación de los pueblos periféricos al centro del capital financiero. Por ello, debemos tener como tarea hacer agitación en esta línea y acompañar e impulsar las posibles movilizaciones que pudiesen darse si el contexto lo facilita.

- En ese sentido, nuestra posición, en el caso de que un gobierno anti-neoliberal llegase al poder e iniciase cambios de corte estructural, no se basa en “salir primero de la UE y luego desobedecer”, sino en “desobedecer y preparar el conflicto”, tejiendo resistencias y solidaridades en un nuevo internacionalismo europeo, luchando por extender una experiencia de estas características a otros países para lograr anular las más que posibles represalias del capital financiero y de la clase dominante europea. Por supuesto, no debemos ser ingenuos y tenemos que preparar un “plan b” en el caso de que se plantee una expulsión de la UE de un país liderado por un gobierno con voluntad rupturista, para evitar que vuelva a ocurrir una capitulación como la que llevó a cabo el gobierno griego liderado por Syriza.

- Por ello, campañas como “Que paguen los ricos” deben ser articuladas como demandas dentro de nuestro propio marco estatal pero también europeo, tratando de extender las consignas y reivindicaciones de forma que podamos insertarlas dentro de un marco más amplio, también a nivel de alianzas a escala europea. Además, proponemos seguir apostando por campañas que refuercen los lazos anticapitalistas a la par que permiten afrontar los tabúes políticos ligados a la UE. Campañas como la impulsada a favor de una “Tasa Covid”, que incorpora la propuesta de establecer un mecanismo de cooperación fiscal entre estados, al margen del marco institucional de la UE, son instrumentos valiosos. Permiten denunciar e incidir en las contradicciones propias a la construcción neoliberal de la UE, a la par que proponen pistas concretas e inmediatas para poner en jaque este funcionamiento bajo un perfil internacionalista.

- Asimismo, la oposición a los mecanismos de la deuda debe formar parte del programa y la praxis de toda organización que busque un cambio radical. Es estratégicamente esencial el acabar con el carácter expropiatorio de los mecanismos de la deuda, que se materializan en las políticas de ajuste y de austeridad. Esto pasa por el impulso de movilizaciones que exijan el impago y la anulación de las deudas generadas bajo el capitalismo. Estas movilizaciones pueden basarse en la organización de auditorías ciudadanas bajo control democrático, que permitan decidir colectivamente la anulación de todas las deudas que se consideren ilegales, ilegítimas y/o odiosas. En particular, la movilización en torno a auditorías democráticas permite construir amplios frentes bajo la premisa del control de decisiones clave en términos del gasto público, y que dan la posibilidad de avanzar progresivamente hacia el horizonte del impago. Este impago también debe entenderse bajo su vertiente feminista. La ofensiva neoliberal a la que asistimos desde hace más de cuatro décadas ha redundado en un empeoramiento de nuestras condiciones de reproducción social. La austeridad, así como la precarización del trabajo y las condiciones de vida han sido posibles gracias a una exacerbación de las contradicciones entre las esferas sociales de la producción y la reproducción, cuyo peso ha recaído en millones de mujeres, asignadas a realizar un trabajo sinónimo de falta de reconocimiento. El impago de las deudas debe tener clara su dimensión feminista, permitiendo así sacar las tareas reproductivas del ámbito privado para ponerlas en el centro de las sociedades.

- A nivel europeo, es esencial acabar con los tratados europeos que imponen los límites al gasto público y que permiten así que el mecanismo de la deuda ejerza toda su presión. El BCE debe ponerse bajo control democrático, anulando las deudas que posee de los Estados miembros (actualmente el BCE es poseedor del 25% de la deuda pública europea), con las que se está lucrando. Por último, es indispensable una transformación radical del sector bancario, que permita desarrollar una banca pública y bajo control social, que permita financiar las inversiones necesarias y decididas democráticamente. Más allá de la UE, las luchas contra la deuda deben desarrollarse bajo una perspectiva internacionalista, incidiendo en la anulación de la deuda que los países del sur tengan con respecto a los países del norte, creando frentes transnacionales contra la deuda.

Las bases sociales del auge del posfascismo y cómo combatirlo

- El auge de la extrema derecha es un fenómeno global. En prácticamente todas las regiones del globo han surgido corrientes de extrema derecha, con múltiples formas y variantes nacionales, operando como tendencias de oposición o de gobierno. Hemos hecho un esfuerzo teórico político importante por diferenciarlas de los fascismos clásicos, explorando sus ejes de continuidad, pero también sus discontinuidades. Las más importantes que hemos señalado son dos. Por una parte, la continuidad más importante tiene que ver con su carácter de clase: son una expresión directa del malestar, con forma autoritaria, de las clases medias y viejas burguesías en crisis, que buscan una salida para mantener sus privilegios relativos en un contexto de crisis. Las diferencias tienen que ver con el carácter de la época y las formulaciones políticas sobre las que operan estas tendencias. Aunque sean corrientes fuertemente reaccionarias, no responden a un carácter contrarrevolucionario, ya que no hay una revolución en curso a la que aplastar. Por otro lado, en Occidente, aparecen más imbricadas con las tendencias autoritarias presentes en las democracias liberales, proponiendo transformaciones de carácter más cuantitativas que aceleren y solidifiquen estas tendencias, que en ruptura con ellas en el sentido que lo plantearon los fascismos clásicos.

- Aunque también se valieron de los espacios y canales que la democracia liberal les proporcionaba y participaron de elecciones y de la actividad parlamentaria de sus respectivos países, los fascismos clásicos proponían abiertamente un sistema totalitario que implicaba la desaparición de todo rastro democrático, dejando sin margen al movimiento obrero como también a buena parte de los espacios civiles surgidos al calor de la democracia liberal. Esto tenía sin duda implicaciones estratégicas para la izquierda y los movimientos populares: la lucha se tornaba en gran medida clandestina y cuasi militar. En la actualidad, los posfascismos proponen un acoso selectivo y un cierre autoritario de la democracia liberal, estrategia que también podemos encontrar, precediendo o coexistiendo temporalmente con la anterior en los años 20 del siglo pasado. Sin embargo, a pesar del envite y de la persecución contra los espacios organizados de la sociedad civil, en la mayor parte de los países no parece que las actuales expresiones posfascistas pretendan plantear una ruptura cualitativa que cierre la sociedad civil desde un prisma totalitario, lo que permite explicar la existencia de las formas de lucha y resistencias surgidas al calor de los Gobiernos de Trump o Bolsonaro.

- Esto no significa, ni muchos menos, subestimar el problema del surgimiento de la extrema derecha. Es más, lo consideramos un problema central de nuestra época. Pero sí que significa combatir las frivolidades propagandistas en torno al problema, que lo instrumentalizan para cerrar filas en torno a los regímenes liberales y justificar alianzas con las élites en torno a una defensa abstracta de la democracia. Significa también identificar la fase específica, histórica y política en la cual está desarrollándose el fenómeno, para dotarse de instrumentos y herramientas para combatirlo.

- El capitalismo europeo se conforma internamente desde la explotación a las personas migrantes, generando capas cada vez más amplias sin derechos civiles y laborales, mientras cierra las fronteras y fomenta el racismo en el interior de los países. Combatir esta situación conlleva poner en primer plano, sin instrumentalismo, los plenos derechos de las personas migrantes, pero también explorar las tensiones enormes que supone para las democracias liberales europeas la existencia de una fuerza laboral no integrada. Las estructuras institucionales de los regímenes ordoliberalistas europeos tendrán mucha dificultad en soportar esta tensión en las próximas décadas si no cambian las normas jurídicas sobre las poblaciones extranjeras, ya que estas capas de la población no tienen derecho a ver sus demandas incluidas dentro del marco electoral y democrático, sean esas demandas vinculadas o no al anticapitalismo. Si la propuesta de la extrema derecha es lanzar a la clase obrera nativa contra las personas migrantes, nuestra propuesta es una gran alianza antirracista y de clase que organice al conjunto de

la clase trabajadora contra la oligarquía, lo cual pasa también por combatir implacablemente el racismo en el seno de la clase obrera nativa.

- El crecimiento exponencial de las desigualdades y la ruptura de las dinámicas “inclusivas” del capitalismo occidental sustituidas por los fenómenos de expulsión comentados anteriormente, ha generado un paulatino cuestionamiento del consenso social sobre las políticas neoliberales. La propia inercia de una gobernanza basada en la unidimensionalidad de sus políticas económicas ha tenido el carácter de un “autoritarismo económico” disimulado bajo el paraguas de la alternancia entre los bloques progresista y conservador. Así, ante la pérdida del consenso social, la gobernanza neoliberal recurre a la pura fuerza coercitiva, generándose una crisis de autoridad del llamado neoliberalismo progresista, abriendo una nueva fase en las formas de dominación del capitalismo a escala internacional que podríamos catalogar como neoliberalismo autoritario. Esta nueva fase viene facilitada además por el fracaso de la ola de indignación que en muchas partes se inició frente al giro austeritario emprendido tras la Gran Recesión de 2008. La crisis sistémica genera también una crisis de legitimidad de las ideas democráticas y de su profundización: existe el peligro real de que amplios sectores sociales apuesten por salidas autoritarias frente al supuesto caos, el orden y la inseguridad. De hecho, la izquierda tampoco está libre de esas tentaciones autoritarias.

- El viraje iliberal del neoliberalismo conduce a un cuestionamiento cada vez más abierto y radical de los principios y formas de la propia democracia liberal. Un giro autoritario que podemos comprobar en el uso reiterado de la fórmula legislativa por decreto, la progresiva concentración de poder en los poderes ejecutivos, la puesta en cuestión de la titularidad colectiva de derechos, así como del ejercicio de la libertad de expresión y manifestación, políticas cada vez más extendidas por toda Europa. Que, en el caso español, como veremos más abajo, se complementa con un papel creciente y antidemocrático de la judicatura.

- Este neoliberalismo autoritario impone un férreo imaginario de la escasez que fomenta mecanismos de exclusión característicos de un “chovinismo del bienestar” y que concentra la tensión latente entre el estatuto de ciudadanía y la identidad nacional. Una operación consustancial a la guerra entre pobres, a la lucha de los penúltimos contra los últimos, donde prima la competencia entre personas autóctonas y foráneas por acceder a recursos cada vez más escasos en tiempos de austeridad: el trabajo y las prestaciones y servicios de bienestar social. Así, ante la falta de voluntad de solucionar la inseguridad derivada de las políticas de ajuste y austeridad, de la precarización del mercado laboral y de la pérdida de derechos sociales, y buscando apartar ese dedo que señala al sistema que la provoca y a las políticas públicas que no la solucionan, se opta por estigmatizar fenómenos como la migración o la pobreza que se construyen como enemigos. Es decir, sectores de las clases medias se movilizan para preservar su estatus relativo frente a los de abajo, sin confrontar con los de arriba. La extrema derecha posfascista es la forma concreta que asume esa alianza entre las élites y un sector de las clases medias para preservar el estatus quo, haciendo pagar la crisis y la reorganización social en curso a las de abajo.

- Por otro lado, no es casualidad que la extrema derecha se articule contra el feminismo. La defensa activa del patriarcado entronca su rol fundamental: la defensa del orden actual frente a posibles interrupciones que puedan minar, en un sentido u otro, la actual distribución relativa de privilegios (por muy escasos y en declive que estén).

- El feminismo de los últimos años ha demostrado ser el movimiento social con mayor capacidad de organización y coordinación a nivel internacional, además de proponer horizontes de reorganización social viables y deseables que han sido recogidos de manera masiva por amplias capas sociales. Los ataques contra las reivindicaciones feministas y los derechos de las mujeres y las personas LGTBI no tienen implicaciones únicamente morales, puesto que no hay

ni ha habido nunca una separación estanca entre lo moral y lo material. La utilización de las polémicas en torno al aborto o a la visibilidad LGTBI por parte de la extrema derecha para su autoconstrucción no sólo alienta violencias materiales directas, sino que supone el uso de discursos morales como herramientas para la naturalización de fenómenos sociales que reproducen y consolidan dinámicas de dominación y explotación, y que privatizan e individualizan los trabajos de reproducción social. Por el contrario, consignas y exigencias internacionales como el aborto libre sin discriminación ni exclusiones han adquirido en este ciclo un carácter de demandas de transición contra el neoliberalismo.

- La condición previa para el actual ascenso electoral e institucional de la extrema derecha ha sido la extensión de las políticas neoliberales que han convertido a la escasez en el motor de los mecanismos de exclusión. De esta forma, frente a discursos que identifican el ascenso de las fuerzas autoritarias como una anomalía, es fundamental entender que las bases de este ascenso se encuentran precisamente en las políticas económicas y sociales implementadas en las últimas décadas.

- Este auge de la extrema derecha conjuga seis factores fundamentales: aparece como contestatario, encarnado en el rechazo al sistema político y anti-establishment agitando la bandera de la democracia en defensa de los intereses populares, de los de abajo, contra las elites corruptas; identitario, apelando a la amenaza que se cierne sobre la comunidad nacional amenazada por la "contaminación" del multiculturalismo y la migración; autoritario, mediante la apelación a un Estado fuerte y a la disciplina social, la hostilidad hacia las formas de mediación social (sindicatos, organizaciones democráticas, etc.) y la articulación de temas ligados a la idea del orden social; de exclusión, cuya matriz es fundamentalmente económica y que busca fragilizar y fragmentar aún más a toda la población fomentando la guerra entre pobres; la importancia de la islamofobia en la extrema derecha actual es tal que la estructura de forma semejante a como hacía el antisemitismo en la primera mitad del siglo XX con los movimientos fascistas. Como el judío antes, hoy el musulmán se ha vuelto el enemigo interno: inasimilable, portador de una religión y de una cultura ajenas y extranjeras a lo que califican de "valores occidentales", virus corruptor de las costumbres y amenaza permanente para el orden social; por último el populismo punitivo, que crea una sensación de emergencia y de gran inseguridad a partir de algún hecho concreto, para que sea mucho más fácil convencer a la población de que se necesitan medidas excepcionales y no ordinarias para combatir la situación que ha generado la alarma.

- La tendencia anteriormente mencionada hacia conflictos geopolíticos de carácter bélico tiene su traducción en la reconfiguración del llamado primer mundo. Más allá de consignas sin aterrizaje concreto como la del ecofascismo, lo que hay que señalar es el repliegue del capital sobre sus propios centros de poder, que se cierran cada vez más. En este sentido, la cuestión griega tiene una importancia enorme en tanto que señala la nueva condición de un país que fue parte de la apuesta por realizar un mercado común capitalista fuerte en el ámbito europeo y que, sin embargo, ha quedado reducida a un territorio subalterno y carente de autonomía política. Estos procesos, más concretos e inmediatos, también menos espectaculares que la alerta ante el ecofascismo, son los que configuran la apuesta del capital ante la evidente reducción de recursos y la crisis climática. En la misma línea, lo que la extrema derecha refuerza es una posición favorable a este tipo de exclusiones que no son sino la traducción política del mencionado repliegue del capital sobre sus núcleos centrales.

- A grandes rasgos, podemos diferenciar al menos tres corrientes principales en la extrema derecha internacional: Neoliberales Autoritarios que irían desde Trump a Bolsonaro; Social Identitarios, con Reagrupamiento Nacional de Le Pen y la Liga de Salvini como grandes exponentes; y Neofascistas como Casa Pound o Jobbik. Los neoliberales autoritarios, en donde se encuadraría Vox, son una corriente heredera del neoliberalismo anglosajón neocon, que se

basa en combinar una defensa a ultranza del libre mercado y el desarrollo del capitalismo sin frenos, con valores morales reaccionarios.

- Quizás la principal victoria conseguida por la extrema derecha es haber permeado el sistema político con sus propuestas, haber normalizado y legitimado ideas racistas y antidemocráticas y situado sus temáticas en el centro del debate de la opinión pública, desviando así la atención de la crisis capitalista y sus responsables. Cabe hablar por lo tanto de un verdadero “poder de agenda”, entendido como capacidad para establecer las prioridades programáticas, las problematizaciones relevantes, los enunciados discursivos que fijarán los términos del debate. Nos enfrentamos a una ultraderecha con un barniz más respetable, que tiene una amplia representación, que sale cotidianamente en los medios de comunicación y sin apenas activismo callejero, lo que nos plantea nuevos interrogantes para los que es necesario buscar nuevas respuestas. Necesitamos la concienciación y movilización de un antifascismo que cale en un sector amplio de la población desmontando y denunciando como falso el supuesto carácter democrático de las políticas de austeridad y autoritarismo, apuntando al neoliberalismo y sus aliados, como responsables de la acelerada reconstrucción de una ola reaccionaria global.

- En el combate contra el ascenso electoral de la extrema derecha existen diversas tentaciones muy peligrosas para frenar su avance: cerrar filas acriticamente con los partidos del extremo centro en una estrategia frente populista puede contribuir a dos procesos muy peligrosos. El primero consistiría en seguir alimentando las supuestas bondades democráticas y progresistas de quienes han puesto todo de su parte para que hoy estemos así, reforzando de ese modo la trampa binaria que nos obliga a elegir entre populismo xenófobo o un neoliberalismo que se presenta como “progresista” en el reflejo del espejo de la bestia autoritaria. Al abrazar al extremo centro sin contrapesos se le deja en bandeja a VOX el monopolio del voto protesta anti-establishment y la etiqueta tan útil de outsider de un sistema que genera malestares crecientes.

- El segundo sería “disputarle” las propuestas a la extrema derecha, en uno de esos ejercicios sin futuro consistentes en mimetizarse con el adversario para “robarle” sus éxitos, demostrando una cierta fascinación por los temas que plantea la extrema derecha: proteccionismo, soberanía nacional y política antiinmigración. Una táctica que le puede funcionar a la derecha cuando copia los aspectos más superficiales de la izquierda, pero que lleva a la izquierda a su impotencia total y a su autodestrucción, encerrando a ésta en los marcos que fijan los adversarios, estructuralmente a la defensiva.

- En este sentido, hay que reseñar la aparición de corrientes reaccionarias dentro del campo de la izquierda, que se engloban genéricamente bajo la etiqueta de “rojipardismo” y que se construyen en base a una especie de “obrerismo nacional”. Los discursos reaccionarios, sin embargo, no se limitan a las posiciones rojipardas tradicionales. Uno de sus principales filones ha sido la incursión en el movimiento feminista, fundamentalmente a través de la negación de derechos a las personas trans y la construcción de un feminismo identitario excluyente que esencializa y re-biologiza el hecho social de ser mujer, pero también en torno al punitivismo abolicionista de la prostitución. El feminismo trans-excluyente, que se construye internacionalmente a través de la campaña “contra el borrado de las mujeres”, ha funcionado como caballo de Troya provocando fuertes divisiones en el movimiento y desplegando altos niveles de violencia. Actualmente es posible hablar de un “feminismo reaccionario” que discursivamente establece alianzas con la extrema derecha y que plantea problemas importantes al conjunto del movimiento.

Hacia un bloque de clase y gran frente unido contra la extrema derecha

- Para frenar el avance de la extrema derecha evitando las tentaciones anteriormente señaladas, rechazamos la posición política frentepopulista y tendente al compromiso histórico que asume buena parte de la izquierda reformista, ya sea en su versión populista o poscomunista. Esta posición tiene los siguientes rasgos.

- Por una parte, el frente-populismo renuncia a la independencia de clase y busca una alianza con un sector progresista y democrático de la burguesía, subordinando los intereses propios de las clases trabajadoras al mantenimiento de esta alianza. Detrás de esta posición, o más bien como traducción de esta, aparece la renuncia al antagonismo y al conflicto social como motor de las conquistas sociales y la política pactista o de concertación social, que opta por evitar la confrontación social para preservar esta alianza. Una alianza que, por otro lado, es siempre ficticia, ya que la burguesía presuntamente progresista no pacta, no hace concesiones, solo mantiene arrinconados a los movimientos de clase.

- El segundo rasgo, correlativo al anterior y tradicionalmente vinculado a la idea eurocomunista de "compromiso histórico", consiste en evitar en todo momento plantear una alternativa a la democracia liberal, considerada como el dique de contención del mal mayor fascista. Por supuesto, no negamos la necesidad de una firme defensa y de alianzas tácticas flexibles y abiertas en el plano político (desde arriba y desde abajo) para defender las conquistas democráticas en el seno de los regímenes capitalistas, entre otras cosas, porque son conquistas de los movimientos emancipatorios. Pero esto no significa, ni mucho menos, renunciar al horizonte de una democracia socialista y de la revolución social como forma para avanzar hacia ella. Todo lo contrario: si algo demuestra la historia de la lucha de clases es que, en determinados momentos, la confrontación para evitar la regresión autoritaria es inevitable y que o bien avanzamos hacia rupturas poscapitalistas y basadas en la radicalización democrática o la reacción se termina imponiendo.

- En este sentido, es importante aclarar cuál es nuestra propuesta antifascista: hablamos de conformar un bloque de clase con perspectiva anticapitalista y horizonte ecosocialista.

- Un bloque de clase que practique una política unitaria, tanto a nivel político como a nivel social, y que se apoye en una especie de interseccionalidad invertida. Esto es, se trata de recomponer la unidad de la clase trabajadora en un sentido amplio, pero desde el reconocimiento de que la "forma obrera" que dominó el siglo XX no es ya hegemónica a nivel político. En ese sentido, combatir el auge de la extrema derecha tiene dos vectores. En primer lugar, el fortalecimiento del poder social de la clase trabajadora en sentido amplio: no basta con pedir políticas redistributivas "para mejorar la vida de la gente", se trata de exigir reformas que favorezcan a la clase trabajadora, fortaleciendo sus posiciones estructurales en la sociedad y su capacidad de lucha, esto es, de avances en la colectivización de la propiedad de los medios estratégicos y la sustancialización de la democracia. Pero tampoco renunciamos a medidas parciales que, sin afectar a incidir en el terreno de la propiedad, consigan mayores márgenes de libertad para las clases subalternas y las clases trabajadoras, optimizando al máximo las posibilidades de conflicto en el seno de la sociedad capitalista, como por ejemplo, la lucha en favor de una mejor legislación laboral, en favor de derechos concretos de las mujeres y personas LGTBI o leyes que mejoren los derechos de las personas migrantes. El mejor antídoto para luchar contra la extrema derecha es fortalecer a la clase trabajadora.

- En ese sentido, la nueva extrema derecha puede adoptar formas de un obrerismo nacional. Esta operación trata de incluir a sectores de la clase obrera en un nuevo bloque de poder,

dividiendo en líneas nacionales a la clase trabajadora. Estas nuevas formas de racismo son profundamente perniciosas y debemos combatirla con firmeza, ya que representa uno de los principales obstáculos para la unidad de la clase trabajadora. En ese sentido, asumimos un compromiso internacionalista férreo y sin concesiones, incluyendo a los trabajadores migrantes como parte de pleno derecho de la clase trabajadora y luchando contra todas las restricciones que se les imponga, combatiendo abiertamente cualquier tipo de tentación rojiparda.

- Asumimos la diversidad de la clase trabajadora y negamos el rol ontológicamente vanguardista que ciertos marxistas atribuyeron a determinadas formas obreras o sectores de las clases trabajadoras. Para recomponer un movimiento emancipatorio de clase debemos contar con el movimiento sindical, pero también con el movimiento ecologista, los movimientos LGTBIQ, los movimientos antirracistas, el movimiento feminista, así como de los incipientes y aún no suficientemente visibilizados como el movimiento anticapacitista, por la salud mental, las demandas y luchas pacifistas, antimilitaristas, sinhogaristas, por la despenalización de las drogas, la abolición de las prisiones, los derechos de las prostitutas...y un sin fin de reivindicaciones por una sociedad más libre e igualitaria. Estos movimientos no son secundarios ni anexos al verdadero movimiento obrero: son parte consustancial, inmanente, del movimiento emancipador de la clase trabajadora y, como tales, pueden asumir el rol de vanguardia táctica, tal y como ha ocurrido con el movimiento negro en la lucha contra Trump o con el movimiento feminista en Chile. Esto, por supuesto, implica la necesidad de estudiar y desarrollar formulas organizativas que identifiquen los nodos de poder estructural de la clase trabajadora, siendo capaces de proponer y desarrollar formas de organización, vertebración y movilización en torno a posiciones capaces de atacar al capital en el terreno de la producción (por ejemplo, ¿Qué tipo de huelga y en qué sectores es más eficaz hoy?) y en la reproducción, atacando también las condiciones de reproducción del capital (las formas de echar un pulso o incluso doblegar al capital consisten en parar la producción y, en su caso, controlarla. Eso lo puede conseguir la clase trabajadora bajo fórmulas clásicas, como la huelga general simultánea, o formas secuenciales de interrupción de la producción a lo largo de la cadena de valor, con huelgas coordinadas y sostenidas en el tiempo sea en las actividades de extracción, producción, logística, comercial o de servicios finales, uniendo en la acción sindical a trabajadores de toda la empresa-red –principal y auxiliares- o involucrados a lo ancho de la cadena de valor. Estas formas de lucha contra el capital moderno pueden y deben desarrollarse con fórmulas sindicales nuevas, internacionales y localizadas en el territorio, coordinadas, que conjuguen la lucha en los espacios de trabajo y en los espacios de reproducción de la vida social, bajo formas de sindicalismo social no corporativo, abierto y basado en la solidaridad entre desconocidos).

- Por ejemplo, es evidente el declive del poder estratégico de los trabajadores del sector automovilístico y el aumento del poder relativo de los trabajadores tecnológicos y de logística en Occidente, así como el fortalecimiento del poder de los trabajadores fabriles en Asia. También implica asumir la lucha de clases y de orientación en el interior de estos movimientos, que expresan demandas universales: defendemos una hegemonía de la clase trabajadora dentro de los movimientos emancipatorios, sin excluir la alianza con segmentos de las capas medias, pero combatiendo las tendencias hacia la integración sistémica que expresan sectores de las clases medias, como ha ocurrido en EE.UU. en torno a las políticas de la identidad y el neoliberalismo progresista.

- Proponemos una actualización del frente unido. Si bien en los años 20 y 30 del siglo pasado el frente unido (heredero de las teorizaciones de la internacional comunista) se desarrolló en torno a la idea de la unidad de los partidos obreros socialdemócrata y comunista, hoy en día debe desarrollarse en torno a la recomposición de un movimiento emancipador de clase: ya no se trata de encajar piezas constituidas, sino de componerlas mediante un proceso de lucha común. Por otro lado, una idea muchas veces olvidada del frente unido es que implicaba la disputa con los sectores reformistas por la dirección de este. En ese sentido, dentro de la máxima

defensa de la lucha unitaria contra la extrema derecha, el anticapitalismo trata de construir una dirección (en un sentido de “camino por recorrer”, no de un grupito autoproclamado como vanguardia) anti-sistémica y rupturista. Esto implica que el frente unido se concibe como un espacio en disputa (siempre defenderemos que el movimiento emancipatorio construya mecanismos colectivos y democráticos de deliberación), evitando posiciones diplomáticas que dividen al movimiento en roles y compartimentos estancos y que, en el fondo, delegan la dirección del movimiento a las burocracias reformistas.

- Frente a un antifascismo identitario, entendemos que es necesario combinar todo tipo de métodos parlamentarios y extraparlamentarios. Pero no debemos reducir el antifascismo, sino ampliarlo a todos los sectores de la clase trabajadora, partiendo de él y dotándolo de una perspectiva emancipatoria, no exclusivamente defensiva. En ese sentido, ligar la lucha contra el auge de la extrema derecha al proyecto de un cambio sistémico ecosocialista y feminista es una tarea fundamental para confrontar este fenómeno.

Crisis orgánicas y forma-revuelta: nuevas respuestas que rompen la normalidad

- A lo largo del globo se ha reiniciado el ciclo de revueltas que había quedado interrumpido por la derrota de las revoluciones árabes y la debacle que supuso la capitulación de la Syriza liderada por Tsipras. Desde el Líbano a Iraq, pasando por Chile, Francia, Catalunya, Hong Kong, Ecuador, Argelia Colombia, Sudáfrica, Nicaragua o Sudán, miles de personas han salido a las calles y se han enfrentado a los regímenes políticos responsables de su malestar. Un malestar fruto de las políticas neoliberales y del desorden global acompañado de la incapacidad de los distintos actores sistémicos o antisistémicos que pretenden canalizarlo (incluso la izquierda realmente existente y fuerzas pretendidamente contestatarias). Es fundamental analizar las particularidades nacionales de cada crisis. En realidad, el nivel de análisis marxista más elevado es el más concreto, el que es capaz de analizar una “formación social” desde un punto de vista estratégico: es decir, de sintetizar su composición política específica para buscar los puntos de ruptura revolucionaria. Aquí solo tratamos de apuntar algunos rasgos genéticos de las crisis orgánicas y de la forma-revuelta.

- Las crisis orgánicas no son crisis revolucionarias. La diferencia no es secundaria. En una crisis revolucionaria, las grandes masas tienden a apuntar a la cuestión del poder (político, económico, social), a la constitución de un poder propio. Sin embargo, en las crisis orgánicas la movilización de las masas suele apuntar a los efectos del poder existente, a su fracaso. En las crisis orgánicas el pueblo reclama; en las revolucionarias, el pueblo ejerce. Las crisis orgánicas se producen cuando se da una separación brutal entre “gobernantes” y “gobernados”. Lo que hoy se expresa en todo el mundo es el fracaso y el desacople entre un Estado que pretende ser de todo el pueblo y una sociedad cada vez más disgregada, atomizada, desgarrada, cada vez más atravesada por desigualdades: el cuerpo civil se siente desordenado, desacoplado con respecto al cuerpo político, pero todavía no es capaz de crear uno nuevo.

- Las crisis orgánicas son un estado siempre temporal. O se sutura la brecha entre “gobernantes” y “gobernados” o se radicaliza la escisión. La primera solución busca restaurar el consenso: puede ser a través de una restauración (vuelta al orden anterior mediante la coerción), un proceso de transformismo (la fuerza que impulsó la crisis crea su propio orden manteniendo los rasgos fundamentales del viejo) o una revolución pasiva (los gobernantes hacen concesiones a los dominados, pero manteniendo intacta su estructura de poder). La segunda opción (la que radicaliza la escisión) supone propiamente una revolución. La revolución no trata de volver a alguna forma de acople entre “gobernantes” y “gobernados”, sino liquidar y superar esa separación mediante “la autodeterminación de las masas”.

- La forma política por excelencia de la crisis orgánica es la revuelta. Se trata de estallidos espontáneos, sin un horizonte político definido y, sobre todo, sin dotarse de formas institucionales, y organizaciones con voluntad de disputar situaciones de doble poder y que vayan más allá de lo necesario para movilizarse o abordar los retos inmediatos. Tienden a expresar malestares amplios, con un programa fuertemente destituyente y a impugnar la articulación entre poder económico y político. Su principal característica es la indeterminación: carecen de final. No tienen dirección política, no saben a dónde ir o no se dotan de medios institucionales propios e independientes de la oligarquía para alcanzar sus fines. Ensayan prácticas antagonistas sin constituirse en contrapoder y mucho menos, como doble-poder. Se diferencian de los movimientos sociales convencionales por su total y absoluta falta de corporativismo o particularismo. Una revuelta siempre lo impugna todo. El Estado se debilita, pero no llega a quebrarse: la insurrección como táctica política no es una posibilidad para las revueltas. En las revueltas siempre se expresa tanta fuerza social como debilidad política.

- Para cierto pensamiento político, podría parecer que las crisis orgánicas son simples crisis políticas, en el sentido más banal del término: expresiones en la superficie, descontentos secundarios incapaces de ir a la raíz, susceptibles de ser desviados por la clase dominante o, en el peor de los casos, meros juegos impulsados y manipulados por algún tipo de poder oculto. Para otras expresiones del pensamiento elitista, pueden ser expresiones irracionales de un descontento ilegítimo, porque este último es incapaz de expresarse a través de los canales institucionales. El miedo a la revuelta expresa el miedo a la indeterminación: las revueltas son estallidos sociales que no están impregnados de formas culturales que impliquen un proyecto predefinido, por lo que tienden a portar todo tipo de espectros ideológicos. Al rebelarse contra su condición de representados, los "revoltosos" reniegan del rol de interlocutores: no hay negociación que zanje a priori sus demandas, por lo que la "clase gobernante" negocia con los ojos cerrados, desquiciada, en un proceso de tanteo que oscila entre la represión y el apaciguamiento.

- En las crisis orgánicas y en las revueltas se expresa un nuevo tipo de pueblo, diferente al del siglo XX: ya no es un pueblo de izquierdas, sino un pueblo abigarrado, antipolítico, desconfiado. Las clases subalternas ya no aparecen constituidas, aliadas en forma de bloque, con sus roles económicos constituidos en posiciones políticas. Todos los anhelos y agravios aparecen mezclados y sin anclar, en ebullición. Descifrar en líneas de clase la composición de una revuelta se convierte en un complicado ejercicio, más analítico que político: ¿quién es quién? ¿qué sectores, qué demandas? La pregunta, para tener utilidad política, quizás debería invertirse: ¿Cómo generar un "quién"? Los viejos parámetros de análisis caducan rápido y los análisis que buscan contornear a las clases para generar sujetos conscientes (y su forma más acabada y degenerada, el liderazgo cesarista) terminan muchas veces sustituidos por una combinación de rasgos generales que no definen nada y ejemplos particulares que buscan definir el conjunto.

- Dicho esto, apuntemos una cuestión fundamental. Las revueltas se dan en sociedades reales. En las sociedades reales existe vida civil previa y la revuelta irrumpe sobre ellas. Es decir, existe siempre una interacción entre la revuelta y las formas de organización previa, muchas veces movimientos sociales, lo cual da lugar a combinaciones de todo tipo. No podemos olvidar que, por ejemplo, la revuelta chilena es ante todo un momento de encuentro entre el movimiento feminista y una insurrección constituyente. De la capacidad de provocar encuentros entre diferentes formas depende la profundidad destituyente de las movilizaciones y, sobre todo, la posibilidad de organizar una fuerza política que vaya más allá del momento de la impugnación.

- Pero las crisis orgánicas y las revueltas son también momentos de crisis de la izquierda. Durante estas últimas décadas, la izquierda ha estado dominada por la "melancolía". Hoy podemos decir que su principal rasgo es la impotencia. La vieja socialdemocracia alemana, y en mayor o menor medida la europea, fue el movimiento obrero más el socialismo. Es decir, la

combinación de un impulso espontáneo, tendente a la autoconstitución de una clase, con un proyecto de sociedad, una ideología, una forma alternativa de ver en el mundo. En nuestro tiempo, el movimiento obrero tradicional ya no juega el rol central que jugó en el pasado. En el mejor de los casos, ha quedado reducido a “monasterios”: templos del saber que preservan las mejores (y muchas veces, peores) prácticas de todo un siglo y medio de lucha. Reconstruirlos sobre nuevas bases y recomponer su capacidad de irradiación se torna central en esta época.

- La izquierda carece de fuerza material y moral entre el pueblo abigarrado que ha producido el neoliberalismo: su papel es meramente ideológico. Se limita a “representar,” en el mejor de los casos, los anhelos de justicia social y de un mundo mejor, a reivindicar ciertas demandas sin duda necesarias, a apoyar luchas que ya existen. Pero esas luchas existirían tranquilamente sin la izquierda. Eso condena a la izquierda a la impotencia, pues lo que dotó de fuerza al socialismo durante el siglo XX fue su estrecho vínculo con la amenaza de las masas de autodeterminarse. Por eso, es un delirio creer que las revueltas son de izquierdas. Honestamente, aunque valoremos mucho el papel de la militancia de izquierdas sosteniendo en el día a día el germen de otro mundo, las revueltas son estallidos espontáneos que desbordan, descolocan a la izquierda. Al carecer de penetración previa en el pueblo abigarrado, la izquierda no pinta demasiado en la genética de las revueltas, aunque las revueltas muchas veces signifiquen retomar el hilo rojo de la historia y las luchas de las vencidas.

- Por eso, las propuestas de la izquierda ante la revuelta oscilan entre tres posiciones. La primera, una celebración ingenua del acontecimiento: ante su incapacidad de pensar estratégicamente desde la revuelta (ya que “pensar” en política siempre implica fuerza material para actuar), la izquierda se dedica a alabar, sublimar, extasiarse ante las revueltas. La segunda es el reverso de esto: como la izquierda no pinta nada, la izquierda desconfía, calumnia, o incluso combate un espontaneísmo que no puede ser más que una conspiración. Por último, la izquierda parasita: ante su impotencia a la hora de dar forma institucional a la revuelta, la izquierda la surfea y trata de representarla. Es decir, la izquierda termina actuando como fuerza transformista o cómplice de la revolución pasiva: ofrece un canal para que la revuelta tenga algún tipo de representación en el Estado. En el mejor de los casos, la izquierda engorda su número de votos, la revuelta termina diluyéndose, dejando un poso de desencanto que, quién sabe, podría transformarse en lecciones de cara al futuro. En el peor, la revuelta desata una venganza brutal del Estado desnudo que arrasa con todo lo que se ha atrevido a asomar la cabeza (izquierda incluida) sin resolver ninguno de los malestares que han provocado la revuelta.

- Toda crisis orgánica y toda revuelta implican dosis de violencia. Y, en primer lugar, violencia del Estado: hemos visto muchísima violencia a lo largo de los últimos años. De norte a sur, de este a oeste, las policías del mundo han hecho su trabajo sin concesiones. Hemos visto también algunas respuestas, algunos conatos de autodefensa, sin duda, más que justificados. En algunos casos, hemos visto al Estado en todo su esplendor: en Siria, el Estado dictatorial fue capaz de provocar una guerra civil antes que retirarse, antes que reconocer su imposibilidad. Por eso, debemos ser tan firmes como prudentes ante la violencia. Firmes a la hora de defender el derecho legítimo a la autodefensa: prudentes a la hora de fetichizar la violencia como estrategia política. La brutalidad y el autoritarismo que genera la violencia (aunque todos sepamos quién es el culpable) es un problema social que ni las revolucionarias más honestas han sido capaces de superar. La forma revuelta debería ser capaz de combinar una autodefensa táctica con una estrategia de desobediencia no violenta radical en los países donde existan condiciones. El sentido de la autodefensa es doble: a corto plazo, posibilitar la expresión del movimiento frente a la represión; a medio plazo, bloquear el uso de las capacidades represivas del Estado burgués. La desobediencia pacífica no violenta deberá ir de la mano de una extensa y sólida autoorganización del movimiento social y de la clase obrera con voluntad de crear un poder alternativo. Y en ese marco, el avance electoral y la presencia en las instituciones representativas de opciones revolucionarias adquiere pleno sentido coadyuvante con

todo lo anterior; mientras tanto servirá para crear las condiciones que posibiliten, junto a la defensa inmediata de los intereses populares, la extensión del convencimiento de la estrategia de organización y desobediencia. Esta propuesta de cómo actuar estará, como toda la práctica revolucionaria (también la nuestra), sometida a la prueba de la experiencia y, por supuesto, deberá ser siempre evaluada ante cambios profundos en la situación política y social, en las respuestas de la burguesía y su aparato de Estado, en la evolución y grado de conflictividad de la lucha de clases y en la correlación de fuerzas.

- Es obvio que el carácter de la formación social y la presencia y relación entre Estado-Sociedad determina el alcance y, por tanto, la forma de la revuelta. En los países en los que el Estado tiene menos presencia y expansión social a través de las clases medias, o está más superpuesto en la sociedad, la revuelta tiende a agudizar su carácter totalizador y populoso. En Occidente tiende a asumir un papel más parcial, movilizándolo a un sector más definido, como puede ser la revuelta del semi-proletariado periférico y los Chalecos Amarillos. Cuando la revuelta se totaliza es cuando un sector de clase es capaz de tornarse en hegemón, nucleando el conjunto de los malestares bajo su dirección, como ha ocurrido parcialmente con el movimiento negro en EE.UU. o el movimiento feminista en Chile. Por otro lado, la acumulación e inserción de cuadros es la única fórmula para recomponer un sujeto de clase, en el sentido que describimos en el aparato anterior, junto con la capacidad para convertir el impulso de la revuelta en formas organizadas estables. En ese sentido, a diferencia de las corrientes "bárbaras" del marxismo, que ven la posibilidad revolucionaria como una expresión directa de la depauperación de las masas, nuestro marxismo asume que la revolución es un acto consciente y que, por lo tanto, solo puede ser obra de una clase organizada, con poder y capacidad social, no sometida y atomizada por la presión intracompetitiva del capital. En ese sentido, puesto que somos conscientes de la fase histórica de recomposición pos-socialista en la que nos encontramos, también apostamos por traducir la revuelta en posiciones de fuerza que ayuden a este proceso de recomposición de ese poder de clase. Si la revolución no es posible, el objetivo debe ser lograr escenarios mediatos más favorables que eviten reflujos fuertes y cierres, y consigan conquistas parciales para las masas, condición necesaria para avances ulteriores. Eso implica una dialéctica de compromisos parciales sin asumir la gestión sistémica si la toma del poder no es posible al no existir un factor subjetivo fuerte. Como hemos aprendido en los últimos años, toda revuelta necesita consolidar posiciones en el seno del poder estatal y consolidar la fuerza organizada de los subalternos para, ulteriormente, situarse en condiciones de avanzar y no retroceder. La importancia de un programa mediato que complemente a un horizonte de transición se vuelve fundamental en esta época que combina retroceso ideológico, crisis aceleradas y recomposiciones en el terreno del capital (en su composición fija y variable, que incluye a la clase obrera). Nuestra visión del cambio revolucionario no puede ser gradualista (como se refleja claramente en que contamos con la revuelta como factor de interrupción temporal), pero tampoco un producto del espontaneísmo insurreccionalista infantil, que minusvalora las fases de la recomposición estratégica, simplificando la solución de las crisis bajo la fórmula: "partido revolucionario más revuelta popular".

- A nivel político, la salida no puede pasar ni por las elucubraciones anti-estadistas ni por el desvío parlamentarista-representativo liberal. Sin dotar de estructura estatal a los impulsos destituyentes de las masas no habrá constitución material posible. Sin poder constituyente, activo y autónomo, la revolución pasiva liquida rápidamente los impulsos populares. Por eso, nuestra consigna de época debe ser la Asamblea Constituyente, pero como resultado de la agregación de embriones de democracia directa, estructuradas en unidades territoriales y dentro de los centros y espacios de trabajo. Pensar y dotarnos de un modelo institucional de nuevo tipo o, por lo menos, esbozar una propuesta alternativa sigue siendo esencial para evitar que la representación liberal degluta los impulsos constituyentes.

- En este sentido, debemos ser claros: la Asamblea Constituyente puede canalizar la revuelta, dando una salida al empate catastrófico que genera entre las clases. Una clase dominante que no puede seguir gobernante como antes, el pueblo abigarrado que no es capaz de construirse como poder. En ese sentido, las asambleas constituyentes no son el fin de la lucha, sino un hito en el camino. El objetivo es siempre que la posición relativa en la sociedad de la clase obrera salga fortalecida de este momento. En ese sentido, es fundamental combinar las consignas constituyentes con la estrategia de la huelga general, para generar momentos de lucha que permitan a la clase trabajadora unificarse y explorar su propio poder, así como extender la lucha a los centros de trabajo y de reproducción social.

- Por lo tanto, junto con la izquierda para los tiempos de “normalidad” (y la estrategia de frente único-independencia política-gobierno de izquierda con un programa de ruptura), es necesario construir un tejido político que prepare la revuelta y su defensa ante procesos de restauración del consenso. En ese sentido, un factor decisivo es la acumulación militante, tanto cuantitativa como cualitativa. Frente a los delirios espontaneístas que creen que la revuelta por sí misma es un momento de celebración prerrevolucionaria, hemos visto que, sin un factor subjetivo fuerte, las revueltas terminan en contrarrevoluciones violentas o fracasos de todo tipo. La necesidad de la acumulación de cuadros insertados entre las capas populares, pero cualificados para moverse ágilmente y sin prejuicios hacia los estallidos, es una tarea fundamental de este periodo. Es decir, una organización política que se prepare para la revuelta debe tomarse muy en serio el trabajo de acumulación de cuadros, educados en la flexibilidad táctica, y considerar la revuelta como factor de reorganización política. Es decir, una organización revolucionaria no es la que se proclama así misma, sino la que tiene vocación de transcrecer preservando sus ideas.

- En el caso de que los acontecimientos pongan realmente a la orden del día la lucha práctica por un gobierno de izquierdas (más allá de la propaganda), dependerá de múltiples factores las vías para conseguirlo, las alianzas políticas y sociales a establecer, etc. Pero lo que es seguro es que, si se consigue, en primer lugar, deberá impulsar avances y conquistas materiales favorables a la mayoría social, así como debilitar de inmediato el poder económico de la oligarquía mediante medidas de socialización y autogestión de los sectores estratégicos y reconocer el derecho a decidir en todos los terrenos. En segundo lugar, la izquierda anticapitalista deberá impulsar la máxima autoorganización y fortalecimiento del movimiento social, condición imprescindible para que las clases trabajadoras y populares se conviertan en sujeto político aliado y vigilante de ese gobierno de izquierdas que nunca tendrá mejor apoyo que el de las masas para hacer frente a los ataques financieros, políticos y militares que pueda impulsar la burguesía.

- Nuestro objetivo último es avanzar hacia una democracia socialista. Somos conscientes de que no es algo en el orden del día, a pesar de que aparezca como posible solución en procesos excepcionales como el cubano o Venezuela en su momento. Pero es un horizonte institucional irrenunciable y que debe aparecer performativamente en nuestra preparación propagandística. La democracia socialista, por supuesto, no se limita a la ampliación de las libertades individuales, sin duda fundamentales e inalienables. Es la ampliación de la democracia a la propiedad y al régimen económico, bajo una forma mixta que combine la representación con la participación directa; es la libertad de decidir sobre lo que está vedado en la sociedad burguesa: sobre la producción y la reproducción social. La defensa de una salida socialista radicalmente democrática es central en esta época histórica, y nos permite presentar y explicar un modelo de sociedad diferente al neoliberalismo conservador o progresista, así como a los diferentes autoritarismos de izquierdas o derechas, proponiendo un “gobierno de las cosas” que implique la participación y la decisión colectivas mediante la planificación socialista democrática.

Segunda parte: Crisis y recomposiciones en el Estado español

Introducción

- La crisis económica abierta en 2008 dio paso a uno de los ciclos políticos más intensos de las últimas décadas. En estos 10 años largos hemos vivido momentos intensos: la Gran Recesión, la ola 15M, la crisis del bipartidismo, la aparición de Podemos, el procés catalán, el cese definitivo de la lucha armada de ETA y, por último, el primer gobierno de coalición de la historia del régimen del 78. Un proceso político que podríamos resumir en la fórmula: crisis-lucha política-restauración. Analizar este proceso, sin embargo, debe ir más allá de los fenómenos electorales e incluso de la superficie política. Se trata de indagar y discutir sobre el estado de las expresiones políticas partidarias y sociales, pero también apuntar sobre el estado real de la formación social española desde un punto de vista que incluya el estado del capitalismo hispano, las clases, el estado y la sociedad. Todo ello con el objeto de buscar puntos de crisis y de estabilidad, tendencias que nos ayuden a ubicar la tarea de la construcción de una fuerza anticapitalista.

La crisis pandémica en el Estado español

- La crisis global que describíamos más arriba, en la primera parte del documento, ha golpeado con especial dureza al Estado español. Ha mostrado la debilidad de su estructura económica por su especialización en la división internacional del trabajo que le reserva un papel de prestador de servicios turísticos y agrícolas y que mantiene una industria con bajo valor añadido, en gran parte desmantelada por la diferentes reconversiones o externalizada por los empresarios en busca de míseros costes salariales en terceros países, tal como ha evidenciado con la incapacidad de suministrar respiradores, trajes de protección e incluso mascarillas en el momento más agudo del Covid19. Esta debilidad es la que explica el radical descenso del PIB y el rápido aumento del desempleo en el Estado español si lo comparamos con la media de la UE. Ha mostrado también la debilidad de su estructuración estatal, y ser incapaz de cubrir las necesidades sociales de amplios sectores de la población.

- Desde el inicio de la pandemia Covid-19 la respuesta de las y los trabajadores del sistema de salud público ha sido ejemplar. Pese a los ataques que ha sufrido, la Sanidad Pública, ha sido una pieza clave para proteger a la población. Durante el estado de alarma la gestión gubernamental incurrió en importantes problemas: marcado protagonismo de las Fuerzas Armadas y Fuerzas de Seguridad; preservar los intereses privados, sin intervenirlos ni obligarlos a aportar medios imprescindibles en el abordaje de la pandemia, permitiendo incluso comerciar, hacer negocio y beneficiarse de la misma. Y por último cabe reseñar que la Autoridad Laboral y sus sistemas de inspección actuaron tarde y de forma muy poco resolutiva e improvisada en las empresas, por lo que no desplegó su capacidad de prevenir y proteger la salud de las y los trabajadores en los centros de trabajo.

- También se ha verificado cómo las desigualdades desarrolladas durante los últimos años se aceleraban, tanto en la forma de vivir el confinamiento como en sus efectos. En ese sentido, destacamos dos aspectos: el confinamiento y el desconfinamiento han sido vividos de forma totalmente distinta por los diferentes sectores de la sociedad: desde los más empobrecidos de la clase trabajadora urbana, sometidos a la presión del desempleo, a la falta de ayudas, y al hacinamiento, o las personas internas de residencias geriátricas, CIEs y prisiones, que vieron violados derechos fundamentales, con aislamientos forzados, incomunicación y el propio derecho a la salud y la vida, hasta unas clases medias con rentas más elevadas, que tuvieron más opciones con respecto al espacio y una serie de seguridades sociales básicas. Pero siendo más precisos, estas posiciones desiguales también se dan dentro de la clase trabajadora. En

ese sentido, una experiencia social y psicológicamente tan severa como la pandemia afecta también a la conformación de los bloques de clase, a sus alianzas internas, generando nuevos contornos y situaciones de partida. Simplificar el análisis, viendo solo las tendencias a la depauperización, no ayuda a entender los efectos de la crisis y las reacciones de las clases.

- Parece imprescindible ahondar en este sentido desde una perspectiva feminista y su concepción de los cuidados. Durante las diferentes etapas de la pandemia se han vulnerado derechos básicos como la atención sanitaria, los cuidados o el derecho a tener una vida digna. Numerosos grupos de población como presas, ancianas, niñas, personas sin techo, sin papeles o neurodivergentes han sido víctimas de abusos o dejaciones, como la discriminación en el acceso a las vacunas, restricción de movimientos, acceso a atención sanitaria o tratamientos e incomunicación, al considerarse que no son productivas por el sistema capitalista ni aportan beneficios desde una perspectiva meramente material. De hecho, aún hoy, superada la peor parte de la crisis sanitaria, muchas de estas situaciones siguen presentes. Aquí, una vez más, las mujeres han sufrido en mayor medida las consecuencias de la crisis originada por la pandemia, habiéndose incrementado la tasa de desempleo femenino, la precariedad laboral, el peso de los cuidados y las crianzas o siendo relegadas, de nuevo, al ámbito doméstico. El capitalismo quiere a las mujeres produciendo, pedaleando como las que más para sostener su maquinaria depredadora y, al mismo tiempo, las necesita sosteniendo el pilar del trabajo no remunerado. En esta contradicción absoluta entra en juego el trabajo doméstico insuficientemente reconocido y remunerado de las trabajadoras migrantes, excluidas sistemáticamente del sistema y especialmente explotadas durante la pandemia. Las mujeres blancas que han podido (debido) seguir trabajando lo han hecho en muchas ocasiones a costa de los cuerpos de mujeres racializadas y/o migrantes que han sido encerradas, abusadas y cuando no se han podido utilizar más, abandonadas a su suerte en unas calles donde tampoco han estado seguras.

- En ese sentido, hay una contradicción fuerte que trataremos de explorar en nuestro análisis: las tendencias a la degradación de las condiciones de vida se contrapesan con el hecho de que el Estado, aunque excluya a cada vez más sectores sociales y precarice los servicios públicos, es capaz de controlar el caos, reduciéndolo a sensaciones temporales y a coyunturas cortas, y proporcionando respuestas a medio plazo, como, por ejemplo, la vacunación masiva. No entender esa doble dialéctica significa no entender la evolución de la conciencia social y las dinámicas contradictorias entre exclusión, integración y pasivización que se dan entre las clases subalternas en un contexto de crisis de largo recorrido. La sensación de que vivimos un presente frágil e incierto se ve contrapesada por el hecho de formar parte de un país que, a pesar de estar en decadencia y profundamente fracturado, todavía forma parte del "primer mundo". Infravalorar esto sería un error ultraizquierdista que nos llevaría a pensar que las crisis automáticamente provocan reacciones impugnadoras y estallidos de revueltas en el conjunto de la sociedad, sin entender que la crisis y su percepción es un desarrollo relativo y que se enmarca en una relación compleja entre la historia y las segmentaciones sociales que surjan del propio desarrollo real de los acontecimientos. Ser conscientes de estas dinámicas nos permite pensar nuestra intervención política como un doble objetivo: ser capaces de dialogar, con el objetivo de generar un horizonte mediato que se haga cargo de los problemas inmediatos, con los sectores más amplios posibles de la clase trabajadora y, por otro lado, trabajar en la creación de un polo político y social radical que piense en términos de llevar la lucha más allá y poner de nuevo en la agenda la necesidad de un proyecto rupturista.

Desarrollo y composición del capital hispano

- El capitalismo español ocupa una posición semi-periférica dentro del centro capitalista. Esto determina sus desarrollos y sus crisis, profundamente sujetas a los ciclos globales y agudizadas/paliadas por su configuración interna. El capitalismo español careció de un desarrollo análogo al del Estado del bienestar característico de la posguerra europea. Mientras en los países del centro del centro capitalista europeo se desarrollaba un estado del bienestar basado en un ciclo de acumulación que tejía un modelo keynesiano, el cual combinaba la alta inversión privada con un fuerte movimiento obrero (que finalmente, chocó con ese modelo, planteando

la crisis pre revolucionaria del ciclo 68), el Estado español asumió un ciclo desarrollista basado una fuerte reorganización estatal y la devaluación previa de la mano de obra (la combinación de gran inversión pública y represión anti obrera propia del franquismo). La llegada del régimen del 78 fue acompañada de una adecuación del capitalismo hispano al ciclo europeo: un ciclo neoliberal, basado en la destrucción de las conquistas históricas del movimiento obrero, que rompía definitivamente en favor del capital financiero los equilibrios de clase característicos de la posguerra.

- El Estado español, bajo la dirección del PSOE, reconfiguró su papel en el capitalismo global a través de la llamada “modernización”. Esa modernización, hoy reivindicada por el gobierno progresista, consistió en que, a cambio de la entrada en la Unión Europea, se desindustrializara el país, se privatizaran las empresas que anteriormente habían sido funcionales al “desarrollismo” y se asumiera un modelo basado en el turismo, los booms inmobiliarios y en la financiarización especulativa. El Estado español recibió importantes fondos europeos que le permitieron impulsar sin tensiones sociales insalvables este proceso (a pesar de que hubo importantes resistencias), destruyendo a la vieja clase obrera que había logrado importantes conquistas salariales en el tardofranquismo.

- Esto no significa, ni mucho menos, caer en una posición que minusvalore la complejidad del capitalismo hispano. Todavía sobreviven zonas fuertemente industrializadas, en torno al automóvil, al textil o a la producción de industria blanca. Algunas de estas empresas son totalmente dependientes de los ciclos internacionales y están en franco declive, como el caso de la industria automovilística que solo es capaz de sobrevivir a base de ayudas públicas ante sus crisis de rentabilidad y valorización. Otras, como la famosa Inditex, se sumergen en los mercados globales y adoptan el mismo proceso que sus multinacionales homólogas: deslocalización productiva, financiarización y el modelo de gran billonario, que entra a formar parte de la jet set de la burguesía internacional. También ha surgido un sector vinculado a la regeneración “verde” del capital en búsqueda de nuevos nichos de negocio, con una fuerte presencia en el IBEX 35, como por ejemplo Solaria.

- La banca, como representante más acabado del proceso de financiarización de la burguesía, asume una función clave. Rescatada por el Estado y profundamente vinculada a la especulación inmobiliaria, la banca española está sufriendo un fuerte proceso de recomposición análoga al de sus parientes mundiales, pero con algunas particularidades propias. En ese sentido, la banca española está culminando su proceso de concentración empresarial, mediante fusiones y su digitalización, abandonando su presencia física, lo cual implica el despido de miles de personas trabajadores. En ese sentido, cabe destacar la irrupción de los fondos financieros especulativos en el tejido económico español, que absorben funciones otrora públicas, por ejemplo, en el terreno de la sanidad o los cuidados (residencias).

- Este proceso de financiarización implica también la conformación de un tipo de empresa típica del capitalismo de segunda fila español: la gran empresa multitarea, capaz de parasitar al Estado ofreciendo servicios secundarios, como de dedicarse a la especulación inmobiliaria. El prototipo de este modelo de empresa y de acumulación, a medio camino entre la mafia y la política, serían ACS o empresas similares. Las grandes eléctricas (y en general el estratégico sector energético), apoyadas por una política de Estado pro monopolística, se engloban dentro de este aparato financiarizado del capital, que se traduce en la existencia de un núcleo duro burgués, compuesto por especuladores, accionistas, ejecutivos, y propietarios con fuertes conexiones con el capital internacional, pero dependientes del amparo estatal para realizar sus negocios en España.

- También hemos vivido, sobre todo en las grandes ciudades, la irrupción del llamado capitalismo de plataforma, que genera una clase trabajadora precarizada, sin vínculos estables con el

empleo, concentrada en las grandes ciudades, y que destruye el tejido empresarial tradicional. No hay duda de que el comercio tradicional está inmerso en una crisis de gran magnitud: la vieja idea marxiana de que estos sectores tienden a la desaparición en momentos de crisis, destruidos por las grandes empresas que absorben cada vez más sectores de la economía marginal.

- La dependencia del turismo se ha vuelto a revelar como central en esta crisis pandémica. En ese sentido, los grandes consorcios empresariales hosteleros -en gran medida de capital extranjero asociado o no al español- se han visto fuertemente protegidos, tanto por el Estado como por su volumen de negocio, pero el pequeño hostelero, totalmente dependiente de los flujos inmediatos de negocio, han sido duramente golpeados. Esta pequeña y mediana burguesía, subalterna y dependiente del gran capital, está formada por empresarios que sostienen sus negocios sobre elevadas tasas de explotación. Este sector, junto con los restos del sector primario, son los que sufren con más virulencia los efectos de la crisis. Junto con una pléyade de empresas de servicios, auxiliares de industria, etc., conllevan una gran masa empresarial, fuertemente dependiente del gran capital, sostenida sobre unas elevadas tasas de explotación que no se traducen necesariamente en una optimización de la extracción de plusvalor ni en un aumento de la productividad del aparato productivo.

- Lo que queremos incidir es en la idea siguiente: el capital español y la burguesía que se deriva de esta relación cuenta con diferentes orígenes y vínculos, diferentes posiciones de clase, pero que son mutuamente dependientes. No existe, por así decirlo, una burguesía nacional y otra internacional disociadas y en contradicción: ambas forman parte de la misma relación, con diferentes funciones, vinculadas a la posición del Estado español en el capitalismo global. No existe una burguesía parasitaria y otra productiva, sino que ambas formas de acumulación están imbricadas en el mismo modelo. No existe, seamos claros, una burguesía progresiva capaz de confrontar con una burguesía reaccionaria; de ahí que sea una falacia la utopía de un capitalismo progresista, aliado de las capas populares en un nuevo “proyecto de país”. Por lo tanto, cuando analicemos las perspectivas de la economía política española y de la política económica del gobierno, tendremos en cuenta este factor.

Dinámica de crisis e apuestas de reflote

- En el Estado español, el retroceso del PIB ha sido mucho mayor que el de los países de su entorno debido al peso desorbitado del sector turístico y hostelero, su estrecha vinculación con el estado de la demanda interna, la dependencia energética del exterior y el tipo de producción industrial para la exportación. Pero también porque no había superado todavía la crisis precedente.

- Era más que evidente la tendencia general: síntomas de agotamiento del breve y frágil ciclo económico capitalista, que salía en falso de la crisis del 2008, aumentando la dimensión de lastres sistémicos estructurales tales como la baja rentabilidad, el agotamiento del crecimiento de la productividad, alto endeudamiento –primero privado, después público-, inversión inane, paro elevado y modelo laboral inestable y disciplinatorio, modelo productivo fosilístico y sistemas públicos adelgazados o semiprivatizados.

- A su vez se ha puesto en evidencia el antisocial efecto de retroceso fiscal en curso desde 2008 que, si en la UE es importante, en el caso del Estado español, que tiene una presión fiscal 6 puntos más baja que la media de la UE, adquiere dimensiones límite porque supone una manifiesta insuficiencia de los ingresos públicos. Estos, además se sufragan de manera injusta ya que el 83% lo soportan las familias y sólo el 12% las empresas, a la vez que las ganancias del capital en todas sus formas superan ya a las rentas del trabajo. La disminución de los ingresos

se debe a la disminución de la masa salarial derivada del aumento del paro, por la reducción de los salarios y del consumo. Y también por el enorme descenso de la recaudación del impuesto de sociedades debido al trato de favor impositivo de los Estados hacia las grandes empresas y muy especialmente como consecuencia de la elusión y evasión fiscal de éstas utilizando las “guaridas fiscales”.

- El impacto sectorial de la crisis, al igual que a nivel general, ha sido desigual. Junto a los sectores más perjudicados ya descritos, también en nuestro caso han obtenido importantes beneficios algunos sectores de la producción y la comercialización de alimentos, las empresas tecnológicas, la construcción dedicada a reformas, la distribución por internet y, por supuesto, las farmacéuticas que, sin embargo, no han compensado la bajada del PIB. Este es el precio de una economía tercerizada y desindustrializada tras un proceso de deslocalización y relocalización en terceros países asiáticos, norafricanos o del este europeo buscando mano de obra más barata y menores exigencias socioambientales y laborales; lo que ha supuesto que se especializara en productos de bajo valor añadido, y lo que ha acarreado nuevos dramas sociales: aumento del desempleo y la precariedad laboral, nuevas desigualdades y aumento de la pobreza.

- La crisis tampoco ha golpeado de forma uniforme a la sociedad, algo para tener en cuenta al diseñar nuestra táctica política. Por un lado, es constatable que ha habido un gran aumento de los patrimonios y fortunas de la minoría del 1% a través de diversos mecanismos. Pero a la vez, junto a la apertura de la tijera capital-trabajo en detrimento de este en la participación de la renta, podemos comprobar que se ha abierto la distancia de renta entre el 10% y el resto de la sociedad. Y en el seno de esta hay sectores que pese a la bajada general de la renta no se han visto afectados de manera negativa (parte de las clases medias urbanas, funcionarios, trabajadores de ciertos sectores) lo que unido al descenso del consumo ha redundado en un aumento sin precedentes del ahorro privado, precisamente en el instante en que muy amplias capas de la población trabajadora asalariada y algunos autónomos veían desaparecer sus saldos bancarios. En el seno de la clase trabajadora se ha agudizado una dualización entre quienes tienen empleos de calidad y quienes no.

- De nuevo aparece en el discurso mainstream institucional, del que se hace eco el gobierno del PSOE-UP, la colaboración público-privada como una de las claves para salir de la zona de emergencia. Ya hemos comprobado en el pasado inmediato en qué consiste realmente esa colaboración: emplear la financiación pública, mediante deuda y una fiscalidad regresiva, para que la parasite el negocio privado, en forma de préstamos baratos o semi garantizados, ayudas directas y contratación pública, cooperación público-privada o PERTEs (empresas mixtas), que ponen los recursos públicos al servicio del lucro privado. En realidad, seamos de nuevo claros y contundentes: entre la política económica del PP (para conocer más a fondo la del PP madrileño, remitimos al documento aprobado por la conferencia de Anticapitalistas Madrid) y la del progresismo solo hay diferencias de grados. Responden al mismo modelo y a los mismos intereses.

- El Estado español accederá, de 2021 a 2027, a un máximo de 140.000 euros de los fondos europeos Next Generation EU, dirigidos a la recuperación económica, transformación digital y transición verde. Esta transferencia de capital se dará en 72.000 millones como subvenciones, es decir, a fondo perdido, y 68.000 millones de préstamos, los cuales se están financiando mediante la emisión de eurobonos en el mercado financiero. Esta última forma de financiación supone un aumento de la tendencia de sobreendeudamiento en un contexto diferente al de la crisis de 2008: la deuda generada no podrá ser negociada en organismos multilaterales o bilaterales, dónde hay un pequeño margen de negociación; sino que se encuentra en manos de actores privados los cuales, a día de hoy, están demostrando no estar abiertas a ningún tipo de negociación política que pueda repercutir en sus beneficios. Además, la recepción de estos

fondos viene y vendrá ligada a la asunción de políticas austericidas, recortes y privatizaciones, como la reforma laboral, la reforma de las pensiones o la reforma fiscal. Por lo tanto, aunque el monto de los fondos para el caso español sea una cifra significativa, está a una distancia enorme de lo necesario y se acompaña de grandes riesgos. La estrategia económica del gobierno ha confiado la cobertura de su política expansiva del gasto a los fondos europeos, renunciando a una reforma fiscal progresiva de alcance y una política de inversión pública directa y descartando la revisión de los compromisos de pago prioritario de la deuda pública o el artículo 135 de la Constitución española.

- El gobierno español, que no ha desarrollado una política de iniciativa propia y cuenta con escasos e insuficientes recursos para hacer frente a la crisis en curso, dado el regresivo sistema de fiscalidad existente, tiene que recurrir al endeudamiento. El aumento de la deuda soberana alcanza ya un nivel récord y sumamente peligroso. La política económica y social del "gobierno de progreso" se ha confiado absolutamente a la llegada de esos fondos externos condicionados y a que los países del norte sigan aceptando suspender temporalmente las reglas sobre el déficit fiscal y otras de los Tratados y las previsiones del Pacto de Estabilidad y Crecimiento.

- Tal como se ha diseñado en el Estado español, la distribución de los fondos europeos no va a suponer una inyección al servicio de la inversión y el gasto públicos ni en el ámbito estatal, ni el de las comunidades y aun menos en el caso de los ayuntamientos. Va a suponer una inyección de liquidez para los planes de las grandes empresas que no van a ponerse al servicio de un cambio de modelo productivo a favor de una economía soberana, auto centrada, que atienda las necesidades de la mayoría social y que impulse la transición energética y la sostenibilidad ecológica de la agricultura, el urbanismo, la industria, el comercio y el transporte. En ese sentido, nos oponemos por completo a los fondos europeos y al modelo de desarrollo que conllevan.

- En este marco, el incremento de la deuda pública se destinará en beneficio de las grandes empresas. Ello supone, si no lo evitamos, que conoceremos nuevos ataques a los sistemas de protección social, medidas más regresivas en la legislación laboral, consolidación sin regulación del teletrabajo, nuevas privatizaciones, mayor mercantilización de los bienes comunes y deterioro de los servicios públicos. Y, posiblemente, nuevas medidas lesivas en materia del derecho al desempleo (mochila austríaca) y de pensiones (retraso de la edad de jubilación efectiva). Todas ellas son precondiciones para la recuperación de la tasa de beneficio del capital, objetivo de las clases dirigentes. Ahora bien, dicha recuperación se dará en clave desigual, alimentando una oligarquización asimétrica a escala social pero también regional, estatal, sectorial e incluso generacional y por géneros. La caída económica y social ha sido rápida y profunda, la subida, por el momento, se presenta diferida, lenta e injusta. El rescate del capitalismo hispano será, por supuesto, un rescate de la clase empresarial.

- Este modelo, por supuesto, tendrá efectos concretos sobre la reconfiguración social. El Estado español seguirá ahondando su posición semi-periférica en el capitalismo global. El desmantelamiento progresivo del ya escaso Estado del bienestar continuará: el desmantelamiento de la sanidad pública (véase el cierre encubierto de la atención primaria) y de la educación tienen como objetivo redirigir a las clases medias hacia el sector privado, mientras que los servicios públicos quedan reducidos a los sectores más empobrecidos de la sociedad. Todo ello combinado con un proceso de fuerte acumulación por arriba (no hay más que ver los enormes beneficios de las grandes empresas), achicamiento de las clases medias (compensado por la inercia de un sector de pequeños propietarios inmobiliarios, el menguado empleo público, el rentismo popular, las herencias y el reparto intrafamiliar), una clase obrera industrial menguada pero resistente en ciertos territorios, aunque amenazada por reconversiones y cierres, y la aparición de una masa proletarizada en las grandes ciudades, heterogénea y compuesta por

múltiples formas y posiciones, gran parte de la misma con empleos mal remunerados y sin derechos y muy escasa o nula sindicalización.

- Esta es la tendencia de fondo: un modelo en declive y basado en la dualidad laboral, la extensión de la precariedad y los bajos salarios, el debilitamiento estructural y el saqueo de los servicios públicos. Dicho esto, hay una “recuperación” macroeconómica en marcha y debemos ser capaces de ir identificando sus posibles efectos. Huyendo tanto del catastrofismo de las corrientes que piensan que el capitalismo siempre está al borde del colapso, como de las que creen que hay margen para volver a un equilibrio de clases que reinicie un ciclo new deal, debemos ser capaces de entender la relación existente, aparentemente contradictoria, pero en realidad funcional, que existe entre “recuperación” y la tendencia de fondo hacia la precarización social. En ese sentido, es un hecho objetivo que tras el profundo impasse (con elementos de suspensión de elementos clave de la dinámica productiva del capital) provocado por la crisis del COVID, la vuelta a la normalidad productiva (ya que la reproductiva nunca se suspendió, sino que se reubicó como precondition de la situación de excepción) tendrá efectos reales sobre el conjunto de la sociedad.

- En ese sentido, vemos como las cifras macroeconómicas comienzan a recuperarse. También los beneficios de las empresas, ayudados por una política de Estado que les ha permitido ahorrarse importantes costes salariales y cubrir los vacíos de su contabilidad con fuertes ayudas públicas que han adoptado diversas formas entre las que cabe destacar los esperados fondos europeos, préstamos en muy buenas condiciones y nuevas exenciones o rebajas fiscales. También es una incógnita los efectos que pueden tener en ciertos ámbitos los nuevos planes de inversión o de apoyo. Por ejemplo, parece difícil que el sector automovilístico consiga reactivar su ciclo de acumulación real superando su crisis de valorización, pero eso no significa que, de repente, el sector industrial vaya a desaparecer. Las ayudas del estado permiten mantener a la industria dopada, con cierres parciales y concretos, así como bajos salarios, compensando la tendencia a la caída de la tasa ganancial en la industria. Esto implica también un modelo de lucha de clases: el empresariado lucha por la reducción de los costes salariales, con procesos de deslocalización y subcontratación, lo cual genera la aparición de luchas de resistencia, contra los cierres y las degradaciones de los convenios, lejos de las luchas ofensivas de los años 70 en torno al salario o la jornada laboral. Unificar las luchas en torno a un plan político es la tarea fundamental: pero lo que nos interesa aquí es destacar esa dialéctica entre recuperación a corto plazo y precarización a largo, así como las formas de lucha en el terreno del antagonismo de clases que esto genera.

- En definitiva, nos encontramos ante una recuperación económica débil, sostenida sobre el endeudamiento público, que continúa abriendo nichos a las empresas desde lo público y la precariedad laboral y salarial, así como dependiente de los flujos internacionales. La gran incógnita es cómo evolucionarán las tasas de empleo y si este modelo de recuperación genera en paralelo una recuperación en clave ofensiva de las luchas en los sectores en los cuales prima la inversión de capital. En ese sentido, dado el carácter de la recuperación, está implícita también la posibilidad de la reaparición de una crisis brusca. Pero en un contexto como el actual, la “recuperación” generará a la vez un crecimiento de las desigualdades, así como una tendencia al aumento de las luchas laborales, ante el crecimiento de la inflación, tendencia que puede verse cortada de mediar una brusca caída económica internacional.

Sobre la política del gobierno progresista

- El gobierno de coalición de PSOE-Unidas Podemos no ha cumplido ninguna de las promesas fundamentales que acordó al constituirse. Lo caracterizamos, a pesar de su retórica grandilocuente en algunas etapas, como un gobierno de centro izquierda, con un horizonte de gestión

neoliberal progresista de capitalismo dentro de los límites marcados por el régimen del 78. Por lo tanto, Anticapitalistas se posiciona como oposición por la izquierda a este gobierno, trabajando por construir una alternativa al mismo. Obviamente, mientras no exista más alternativa que la derecha, no trabajamos en una lógica propagandística de “derrocamiento” (sería por otro lado, ridículo dada la relación de fuerzas), sino de oposición y acumulación de fuerzas de cara a construir una alternativa.

- Durante la pandemia, este gobierno no avanzó nada en cuanto a acabar con la reforma laboral, la revalorización de las pensiones, un nuevo aumento -tras el habido- y actualización del salario mínimo interprofesional que ha bloqueado ya en 2021, la mejora de la pensión mínima y revalorización de estas, medidas excepcionales de escudo social en apoyo de los sectores más desfavorecidos, fin de los desahucios e impulso de la vivienda social, reforma fiscal, etc. Las fórmulas escogidas han tenido un alcance testimonial o se han quedado en promesas o globos sonda. Ni ha sabido ni ha querido adoptar medidas eficaces contra el aumento del paro y el modelo de ERE adoptado se ha mostrado insuficiente, pese a gravar de forma importante las arcas públicas, y sólo está siendo el preludio de nuevos despidos. No ha logrado detener la oleada de cierres y despidos, si acaso los han aplazado mientras que se sufragaban costes laborales de las empresas. Un ejemplo paradigmático de su política impotente, incapaz de enfrentarse a las grandes empresas, es la relacionada con el aumento desorbitado de la tarifa de la luz. Es paradójico y significativo que la mayor vuelta al pasado que ha logrado el gobierno sea la recuperación del diálogo y la concertación social entre patronal y sindicatos, que solo ha contribuido a cerrar cualquier horizonte de movilización y, por tanto, de posibilidad de avance.

- En el terreno de las libertades y los derechos civiles, su política no supera los márgenes que impone el régimen. Han protegido a la monarquía, no han derogado la ley mordaza, han mantenido una política reaccionaria en el plano internacional, subordinada a EE.UU. y a los intereses del capital español, han sido incapaces de aumentar los derechos de los migrantes y no han consolidado conquistas reales en materia de Memoria Histórica. Respecto a este último punto, el PSOE presentó un nuevo Proyecto de Ley claramente incompleto e insuficiente, con la gran ausencia de la búsqueda de justicia para los y las represaliados y donde no se plantea la nulidad de los epígrafes de la Ley de Amnistía que impiden juzgar los crímenes de lesa humanidad. El único avance progresivo en este tiempo ha sido la ley trans y contra la violencia de género, unas victorias parciales e incompletas, que hemos saludado como tales.

- Calificar a este gobierno como “socialdemócrata” es excesivo. La socialdemocracia histórica, bajo la presión de la existencia de la URSS y de sectores radicalizados del movimiento obrero, participó en el proceso de recomposición capitalista en una onda larga de crecimiento económico mediante reformas que mejoraban las condiciones de la clase obrera a cambio de paz social. El análisis marxista no se pregunta simplemente sobre las intenciones subjetivas de los dirigentes (en este caso, cada vez menores y más conformistas), sino que la pregunta correcta sería: ¿existen condiciones históricas para el surgimiento de un gobierno socialdemócrata en España? La respuesta es que no.

- Esto no significa que pretendamos eliminar el factor subjetivo del desarrollo histórico. Nuestro marxismo rechaza el fatalismo determinista de ciertas corrientes, que ha acabado siempre abandonando todo intento de acción colectiva y respaldando posturas conservadoras. Pero un análisis serio de la posición del Estado español y del sur de Europa en el capitalismo global debe permitirnos comprender que actualmente solo hay dos opciones: una gestión neoliberal con algunos componentes en mayor o menor medida progresivos para las capas mejor posicionadas de las clases trabajadoras, o una ruptura radical que requeriría de alianzas internacionales y de preparación previa y que, como vimos en Grecia, conlleva importantes dificultades.

- El gobierno progresista entre PSOE y UP es un gobierno débil, con escaso margen para ejecutar políticas de corte reformista, en un sentido de redistribuir la riqueza y democratizar el Estado y la sociedad. Es un gobierno de mera gestión por la izquierda del neoliberalismo, condicionado por las instituciones ordo liberales de la UE, las presiones del capital y de la burguesía, la inestabilidad provocada por la cuestión nacional-territorial española y una dinámica política neofrentepopulista, en donde la irrupción de VOX no se traduce en radicalizar la acción política para acabar con el peligro autoritario, sino en una política de conciliación de clases y de moderación para no “asustar” a los estratos intermedios, combinado con una lógica de guerra cultural, por otro lado timorata y que no ofrece un horizonte ideológico socialista, que no altera en absoluto la relación de fuerzas entre las clases. Sin embargo, la presión de la derecha tiende a cohesionar al bloque progresista bajo la dirección de sus sectores más moderados. El anticapitalismo debe mostrarse beligerante contra la derecha en donde gobierne y formar parte de la lucha contra su ascenso allí donde no lo hace, desde la independencia política y organizativa del progresismo, mostrando caminos que presenten una alternativa sistémica de conjunto.

- En ese sentido, nuestro análisis del gobierno tiene varios puntos de vista. De la caracterización que hemos hecho, se deriva que no es un gobierno “obrero”, en el sentido clásico de su acepción, esto es, un gobierno que abre el camino de una lucha por “reformas” potencialmente “no reformistas”. Es un gobierno que cerraba, en forma de derrota, el ciclo anterior, con una UP minorizada y derrotada social y políticamente, sin más perspectiva que lograr unos cuantos ministerios. También un gobierno que sancionaba la recuperación parcial, a nivel de votos, del PSOE. Parcial, que no total, ya que sigue existiendo un electorado que se niega a volver al PSOE. Pero esa parcialidad no debe esconder el aspecto políticamente determinante: el PSOE ha recuperado la hegemonía y la centralidad en la izquierda española. Es el dirigente del núcleo progresista.

- Esta posición de caracterización no obvia para reconocer que este gobierno no es percibido como “lo mismo” que uno de la derecha por la mayoría del pueblo de izquierdas. En ese sentido, existen tres percepciones básicas en torno a este gobierno. Por una parte, un sector “fan” del gobierno. Este sector es muy minoritario, cada vez más aislado socialmente y vinculado a los intereses materiales que se derivan de la supervivencia progresista. No nos interesa demasiado este núcleo, impermeable a la mayoría de las dinámicas sociales, excepto con fines de reproducir su posición de poder. El sector más amplio de la base del gobierno lo encontramos en ciertos sectores que lo adoptan como una opción de mal menor. Estos sectores, lejos de estar radicalizados, no son entusiastas del gobierno, sino que lo sostienen inercialmente. Son sectores que se pueden manifestar o movilizar contra la derecha y en torno a causas de justicia social, se referencian en todos los partidos del bloque progresista, pero no sostienen, ni de lejos, posiciones radicales: muchos de ellos forman también parte de las clases medias (que temen por naturaleza las rupturas) o de la clase obrera vinculada a la burocracia sindical, que tiene posiciones que defender frente al mal mayor de la derecha. Por último, nos encontramos una franja del pueblo progresista desmoralizada y camino de la despolitización: este sector seguramente sea el decisivo en el terreno de la supervivencia electoral del gobierno. En este punto cabe destacar que el gobierno de progreso no ha logrado tener y estabilizar una influencia en las generaciones más jóvenes posteriores a la del 15M. Para Anticapitalistas estas cohortes de edad son un campo de trabajo relevante para evitar tanto su despolitización como su acercamiento a opciones identitarias de derecha y extrema derecha.

- El asentamiento del PSOE como fuerza central del escenario político supone también un nuevo intento de adaptar el ecologismo a su proyecto político de modernización capitalista. El gobierno progresista sigue la estela del proyecto europeo, pero afronta múltiples contradicciones e incapacidades propias de la situación del Estado español como potencia de segundo orden dentro del primer mundo capitalista y de la dependencia energética. Por una parte, la cuestión energética obliga al gobierno a mantener unas tasas de explotación crecientes – como eviden-

cia la subida de los precios de la luz – pero por otra parte no puede realizar ninguna transición, siquiera cosmética, sin plantearse el enorme consumo de petróleo en formas directas, sobre todo para el transporte. Los cambios que pueda realizar el gobierno dependen directamente del acuerdo de las grandes empresas, sin que exista ni voluntad ni capacidad para desafiar esa dependencia. Esto aboca al gobierno a embarrarse en megaproyectos muy contaminantes, muy conflictivos y territorialmente insostenibles. En la misma línea, limita sus movimientos incluso en campo de sus promesas electorales; del cierre de las nucleares han tenido que pasar a una renovación de todas las instalaciones que estaban en juego hasta el momento, y de la oposición a los proyectos extractivos a la autorización de la mina de uranio en Salamanca. Esto augura densos conflictos territoriales y un desgaste de fondo.

- Los movimientos sindicales y sociales que han adoptado una lógica de apoyo/negociación con el gobierno van perdiendo despacio tanto poder social como capacidad de combate y autonomía organizativa. El clima de normalidad y “calma chicha” social se estira, mientras se inicia un nuevo ciclo precario de recuperación, sin que estos actores puedan incidir en él. Las fuerzas sociales vinculadas al progresismo pierden de a poco poder de fuego y combatividad. Esto es: están cada vez en peores condiciones de evitar nuevos embates, consolidar reformas y evitar futuros ajustes. Bajo el gobierno actual, la clase trabajadora va desgastándose, debilitando sus fuerzas y retrocediendo en posiciones objetivas y subjetivas bajo el peso ciego de la dialéctica crisis-recuperación. Se genera así una situación que bloquea el surgimiento una oposición alternativa al modelo neoliberal progresista.

- Nos interesa ser capaces de mantener una posición política dual con respecto al gobierno, que parta de las expectativas y posibilidades reales y a la vez, sirva para hacer avanzar un polo anticapitalista amplio y radical. Exigir el cumplimiento del programa de gobierno, así como medidas inmediatas que alivien y mejoren la vida de la clase trabajadora es fundamental y nos permite dirigirnos y dialogar con la capa de gente que ve al gobierno como mal menor. Sin embargo, no debemos quedarnos ahí. El reto es avanzar un programa de reformas mediano, que permita nuclear una dinámica de lucha y presión real al gobierno, pero también útil para presionar más allá a los actores sociales y políticos que no forman parte de él, ligándonos políticamente a las luchas. Las grandes consignas anticapitalistas tienen un nivel de agregación limitado en esta fase, pero son fundamentales para atraer y generar un proyecto anticapitalista fundamentado en la independencia de clase, con un horizonte rupturista y, sobre todo, que piense en términos de largo recorrido.

- A pesar de que finalmente UP entrase en el gobierno, la experiencia de este último ciclo nos permite reafirmarnos en nuestra tesis histórica: nos oponemos a participar en cualquier gobierno estatal de gestión capitalista, y no damos soporte a experiencias que lo hacen bajo la hegemonía o dirección política de una fuerza neoliberal-progresista. Construir esa fuerza requiere paciencia y poner en valor otra serie de cuestiones, como el hecho de que una fuerza de oposición puede ser más útil para la clase trabajadora en el aquí y ahora, ya que muchas veces se conquistan más avances por el hecho de ser fuerte y los efectos que ello genera, que gestionando sin margen un gobierno capitalista.

Recomposición del régimen y ejes de batalla

- Tras el agotamiento del ciclo 15M, el régimen ha recompuesto la normalidad política. Pese a ello, la inestabilidad continúa y las grietas siguen presentes. El poder de los sectores más reaccionarios de la oligarquía se ha recompuesto en torno a VOX y el PP, logrando cohesionar de nuevo a su base social, con un especial protagonismo de ciertos elementos de los sectores del Estado, como la judicatura y los cuerpos y fuerzas de seguridad estatal. El fenómeno del

parlamentarismo negro, los sectores no electos del Estado vinculados a estos sectores, ha reaparecido como factor político, generando una dinámica de desplazamiento del poder hacia ellos. La creciente presencia en el debate público por parte de los sindicatos policiales, así como la sucesión de sentencias escandalosas en cuestiones relativas a violencias machistas, represión, recorte de libertades etc., evidencian hasta qué punto deben preocuparnos estas tendencias.

- La derrota del proceso catalán, uno de los laboratorios centrales de la lucha contra el régimen en la última etapa, abre el camino a un nuevo pacto entre diferentes élites territoriales y el centro progresista. Sin embargo, la desigualdad de clases, junto a la desigualdad territorial, son factores esenciales para entender las crisis venideras del conjunto del Estado, así como las posibles recomposiciones de carácter político en curso.

- En el caso de Euskal Herria, se puede constatar que, tras diez años del fin de la lucha armada, la cuestión nacional se ha transformado notablemente y la izquierda abertzale ha optado por una mayor implicación en las tareas del conjunto del Estado buscando un reconocimiento de su "capacidad de gestión" y una mayor participación en la gobernabilidad del Estado a la vez que busca una solución para los más de 200 militantes encarcelados y exiliados para poder afianzar el giro estratégico de ser "útiles para la gobernabilidad". A pesar de la retórica independentista, la aceptación de los presupuestos del gobierno central, de los autonómicos y de los fondos europeos por parte de EH Bildu son una muestra más de un proceso de institucionalización que ha experimentado en los últimos años. Este giro de EH Bildu ha supuesto una crisis en sectores más o menos amplios de la organización, sobre todo de jóvenes y de algún sector ligado a Sortu. Un número importante de jóvenes se está organizando al margen de la izquierda abertzale oficial. El PNV, por su lado, mantiene sus intenciones de acelerar el proceso de negociaciones y trasposos de competencias a Euskadi (Prisiones, Ingreso Mínimo Vital...), aprovechando la debilidad del gobierno de España, lo que le otorga ser un actor clave en las políticas centrales y ser determinante en la aritmética del congreso de los diputados.

- La crisis nacional-territorial tiene dos grandes problemas. Por un lado, una cara fundamentalmente democrática y que se expresa con más claridad en los territorios como Euskal Herria y Catalunya, que cuenta con élites nacionalistas que buscan negociar su posición dentro del Estado y dentro del sistema global. En el caso catalán, los últimos diez años han supuesto una radicalización en clave democrática y antimonárquica sin precedentes durante el tardofranquismo, la Transición y el régimen del 78. El independentismo de estos países es un proceso interclasista en donde la lucha por la hegemonía de clase y de proyecto se plantea también dentro del propio proceso de emancipación nacional. Ahora mismo estamos viendo claramente los límites de esa dirección de clase pequeñoburguesa, que dirige el bloque interclasista y popular del independentismo catalán: ERC está planteando una lógica de negociación pos-rupturista dentro del régimen, tras el fracaso de un modelo de independencia unilateralista, basado en una movilización gestionada desde arriba y sin un proceso de confederalización de la lucha política al resto del Estado. La vía unilateral ha fracasado no en el sentido de que no fueran los catalanes los que tuviesen que decidir, sino porque al no haber, entre otras carencias, una relación de fuerzas favorable en el resto del Estado, su decisión era imposible. La izquierda española tampoco se comprometió efectivamente con el derecho a decidir del pueblo catalán, lo cual reforzó las posibilidades antidemocráticas del Estado. El Estado, como fuerza violenta organizada, ha seguido operando en el Estado español y eso ha convertido en papel mojado el referéndum catalán. El pacto constitucional sustanciado en 1978 es la expresión jurídica del atado y bien atado franquista. Es una lección que deberíamos anotar y no olvidar.

- Sin embargo, el caso gallego o andaluz es diferente en algunos aspectos. Para empezar, no existen élites nacionalistas. En segundo lugar, el problema que aparece en primer lugar no es el democrático, entendido como la búsqueda de una salida política basada en la independen-

cia. El primer problema (que por supuesto, no descarta la necesidad de instituciones propias, es más, lo plantea con más profundidad) es el de la desigualdad territorial y el de la subalternidad/dependencia auspiciada por la propia burguesía y el capital con la colaboración de sectores clave del aparato del estado que forman parte del bloque de poder oligárquico. Esta burguesía y este capital imbrican sus intereses a escala global, y sólo se diferencia en su reclamación al Estado de ayudas o regímenes fiscales diferenciales para competir mejor. Al fin y al cabo, es cómplice de cómo la lógica del capital acentúa las divergencias entre centros y periferias, tanto a escala nacional como internacional.

- Euskadi y Catalunya no son territorios subalternos en el terreno económico, mientras que muchos territorios sin cuestión nacional desarrollada si lo son. La crisis nacional-territorial estará presente y el anticapitalismo debe implicarse en su desarrollo desde una perspectiva que combine la posición de clase con una posición autodeterminista, en su sentido más pleno y profundo.

- En el caso del País Valencià, pese a la práctica inexistencia de una burguesía nacionalista y no siendo un territorio económicamente subalterno, existen diversos movimientos nacionalistas que se configuran de forma diferente en base a la relación que proponen con el resto de pueblos de habla catalana (Catalunya y las Illes Balears); pero comparten su posición de izquierdas, antifascista y democrática. Ninguno de ellos se encuentra institucionalizado, y a nivel juvenil suponen un factor de politización importante a tener en cuenta.

- Recientemente se ha producido un resquebrajamiento o cuestionamiento del modelo de Estado y del modelo territorial y de desarrollo del Estado español que no se expresa necesariamente a través de lo nacional y que está ligado, entre otras cosas, al reparto del trabajo y de los servicios e infraestructuras (dos ejemplos claves son la articulación con carreteras y trenes, y el déficit de servicios sanitarios en zonas rurales y otras). El fenómeno de “la España vaciada” es su manifestación más relevante y pone sobre la mesa tendencias de fondo y reivindicaciones que vienen gestándose desde hace años, como es el caso del movimiento Teruel Existe, posiblemente la experiencia más avanzada en este sentido.

- Fenómenos como Teruel Existe, Soria Ya u otros suponen respuestas manifestadas como “desideologizadas” al problema territorial y a las desigualdades generadas por el neoliberalismo y el modelo territorial del Estado español. Ocupan un espacio tradicionalmente descuidado por las izquierdas, y tienen el riesgo de contribuir a la fragmentación inoperante de las expresiones políticas y a la despolitización de las mismas a través de la defensa de intereses pretendidamente homogéneos territorialmente. Aunque defienden la mejora de servicios públicos, no plantean una ruptura abierta y consciente con el marco actual, más bien al contrario: se referencian en la Constitución e incluso proponen soluciones desarrollistas (AVEs y autovías por zonas de gran impacto medioambiental) o neoliberales (reducción de impuestos a las empresas que inviertan en lugar de crear empresas públicas). Pero, como ya sabemos, la demanda de soluciones que prioricen los beneficios sociales por encima de los económicos privados no pueden ser resueltas de manera completa por el régimen, por lo que a partir de esta contradicción existen potencialidades rupturistas que podrían terminar desarrollándose. En ese sentido, se desarrollará una tensión entre sus demandas anti-centralistas y la capacidad del régimen de integrar en el “juego del poder” a las élites territoriales sin ofrecer cambios de fondo, como sucede en el caso del regionalismo cántabro que representa Revilla. A día de hoy, estos movimientos pueden producir la paradoja de debilitar al bipartidismo (lo que consideramos positivo) pero a la vez de ofrecer un nuevo pacto que reproduzca el régimen sobre una nueva articulación basada en el “café para todos”. Que nuevas fuerzas como Adelante Andalucía aparezcan como viables y firmes en su orientación rupturista puede ser un factor importante para que este malestar anticentralista se desarrolle en una dirección diferente a este nuevo regeneracionismo.

- Esta construcción de sujetos colectivos no pasa necesariamente por lo nacional y en ese sentido debemos luchar para que estas pulsiones anticentralistas no se conviertan en un ariete contra los movimientos independentistas y auto-deterministas de las naciones históricas, siendo así catalizados o utilizados de forma espuria por el españolismo. Quizá el momento político más similar al actual pudo ser el de los años de debate de los estatutos de autonomía durante la Transición. Sí que pasa, sin embargo, por un proceso más general de búsqueda de identidades colectivas agregadoras "de proximidad", que se manifiesta en las expresiones culturales, las referencias históricas, las estéticas juveniles, etc. En un debate donde se entremezcla la identidad territorial, la lucha contra el abandono secular y la necesidad democrática, el anticapitalismo y la clase trabajadora debe tener una posición pro-activa que busque orientar estas demandas en dirección rupturista.

- Ante esto, nuestra postura no puede obsecarse en un rechazo frontal a estas expresiones políticas o pre-políticas, pero tampoco referenciarnos en ellas acríticamente desde la lejanía territorial por simples intereses tácticos del momento, sino que debemos mirarlas con interés e incluso explorar en algunos lugares sus posibilidades para la construcción de proyectos populares necesariamente arraigados en el territorio que conecten con los imaginarios e identidades populares y movilicen sus potencias superadoras y sus genealogías emancipadoras. No se trata tanto de constituir al territorio como sujeto político, sino de construir un sujeto político en, desde y para el territorio.

- Este giro o matiz en la construcción del sujeto es lo que nos permite no hacernos trampas respecto a la posibilidad de una cooptación de clase de la identidad nacional/territorial, evitando el interclasismo, a la vez que nos aleja de discursos que puedan caer en una identificación entre clase y nación en base a la posición relativa que cada territorio ocupa en el Estado español, mientras reconocemos la opresión política específica que sufren los territorios con un rol subalterno en el modelo de acumulación trenzado por el capitalismo español. Otra ventaja es que nos permite hacer reproducible el modelo de construcción, que ya no se basa tan solo en la idiosincrasia excepcional de un territorio, sino en el vínculo que las clases trabajadoras locales tienen con su identidad, sus articulaciones populares y su cultura. Además, nos permite una articulación de alianzas sobre el territorio con una diversidad de actores políticos (desde grupos soberanistas a sectores políticos libertarios), así como un diálogo inter-territorial desde la no-competencia entre sujetos hermanos que se reconocen como aliados de clase.

- La monarquía, como eje de vertebración del régimen, también es un flanco débil. A pesar de que el régimen ha conseguido apartar parcialmente al viejo monarca, los desmanes y el desprestigio de la monarquía no generan movilización, aunque sí desafección sistémica: en ese sentido, aunque somos conscientes de que sin una crisis social la crisis de la monarquía y la forma republicana pueden producir un sentimiento transformista superficial, son un elemento clave para desprestigiar y golpear al sistema político en su conjunto. Por lo tanto, luchamos por traducir este malestar en referéndums en los que la ciudadanía decida sobre la forma de Estado, ligándolos con nuestra propuesta de procesos constituyentes que hagan hincapié en el derecho a decidir de los pueblos, tanto en el terreno de la autodeterminación como del modelo socio-económico que impone el capitalismo.

- En torno a todo este debate monarquía-república y nacional-territorial, nuestro objetivo estratégico debe saber poner la democracia y el derecho a decidir en el centro, buscando así una amplia y plural convergencia de sectores populares, fuerzas políticas y sociales para abrir la puerta a procesos constituyentes en el conjunto del Estado, procesos constituyentes propios y no subalternos que apuesten por nuevas constituciones que rompan con los dictados de los mercados, blinden derechos y bienes comunes y sienten las bases de una democracia socialista. Frente a una monarquía que liga su futuro a un nacionalismo español inmovilista, reaccionario y xenófobo, habrá que forjar las alianzas necesarias alrededor de un proyecto alternativo

compartido. Un proyecto que, basado en un encuentro entre fuerzas republicanas, impulse el reconocimiento, el respeto y la convivencia libremente decidida entre los diferentes pueblos del territorio del Estado español. Somos conscientes de que este bloque no será homogéneo, pero también sabemos que serán necesarias alianzas sobre bases concretas para avanzar hacia la ruptura con este régimen político. En ese sentido, el anticapitalismo luchará porque la ruptura política se ligue con transformaciones revolucionarias profundas, en un sentido socialista, feminista y ecologista.

- El ecologismo, que en este punto vive una crisis muy similar en todo el mundo occidental, tiene que ver cómo realiza una transición fuerte que lo lleve de un movimiento de clases medias “ecológicamente ilustradas” a una movilización amplia que dé respuesta a conflictos actualmente vivos, que no remiten a los efectos futuros de la actividad capitalista sino a las problemáticas ecológicas inmediatas. Esto exige un cambio de rumbo que va mucho más allá de lo generacional. Lo que ya mostraba el movimiento climático juvenil era precisamente esto: un conflicto que superaba las cuestiones meramente ecológicas y asumía la imposibilidad de la reproducción social si no se produce una transformación fuerte del tejido social y económico. Por supuesto, esto no quiere decir que el movimiento juvenil fuera globalmente ecologista, sino que tenía una composición social mixta, cambiante y probablemente aún dominada por las clases medias. No obstante, apuntaba a una transformación dura, aunque seguía en la incapacidad de formular que esa transición, por su volumen y por la necesidad de constituirse en oposición al capital, sólo puede ser revolucionaria.

- El sector juvenil que iniciaba un recambio tanto en los cuadros como en los parámetros políticos del ecologismo vio su proyecto abortado por la pandemia. El carácter presencialista, unido al bloque prematuro de su actividad hacen que hoy sea inconcebible una reconstrucción del movimiento tal como existió, algo que por otra parte es evidente en términos históricos: los fenómenos de lucha no se repiten, sino que surgen en relación con el carácter del conflicto en cada momento concreto. Pese a esto, la caducidad del movimiento ecologista clásico parece clara, y eso abre la puerta a nuevos fenómenos. No se puede plantear una reconstitución de un polo ecologista movilizado, ni en la misma clave ni en otra, pero es cierto que están los elementos para que se produzca: apoyo social, núcleos militantes organizados y un conflicto que no sólo crece, sino que cada vez es más visible. Todo esto se produce en un momento en el que la pandemia y la crisis económica han rebajado de manera dramática la centralidad de las reivindicaciones climáticas, que han pasado a un lugar completamente secundario. No es difícil que se dé una apropiación institucional por parte de los partidos mayoritarios y las instituciones que recicle los elementos más discursivos de la cuestión climática en una fórmula convencionalizada y políticamente roma, asimilada por el régimen.

- Por otra parte, la actualidad de la crisis ecológica y la sensibilidad social creciente hacen que las diferentes opciones electorales traten de obtener rédito y empiecen a jugar la apuesta “verde”.

Conclusiones

- En definitiva, nos encontramos en un escenario completamente diferente al de nuestro último congreso. Cerrada casi totalmente la vía institucional, con los bloques izquierda y derecha cohesionados de nuevo (aunque sin mayorías claras y estables), nos enfrentamos a un nuevo escenario temporalmente estático, aunque con posibles irrupciones inesperadas en el horizonte. Ya no estamos en el centro de la disputa de un movimiento sociopolítico y en ascenso, sino en una fase más embarrada, lenta, posicional y acumulativa, que requiere una profunda readaptación de la organización, profundizando ciertas tareas y buscando una mayor cohesión

y coherencia en nuestros planteamientos, preparándonos para un camino largo y pedregoso, pero sin dejar de intervenir en el aquí y ahora.

- La cristalización de un régimen político puede presentar visos de estabilidad en la lógica parlamentario-electoral, sin embargo, jamás hubo tantas condiciones materiales para la inestabilidad, fruto de las tensiones cada vez más desarrolladas. Si bien es cierto que, en ausencia de movilización, el deterioro de las condiciones de vida puede convertirse en un factor estabilizador de la dominación de la burguesía. Por tanto, dependiendo de la actividad del movimiento social y de la aparición de alternativas políticas -por embrionarias e insuficientes que estas sean- las oportunidades para seguir construyendo una alternativa pueden volver a aparecer. A la reorientación política y programática de la organización, así como a las tareas que de ello se derivan, dedicaremos la tercera parte del documento.

Tercera parte: Anticapitalistas ante el nuevo ciclo

Introducción

- Del análisis que hacemos (y sobre el que hemos ido planteando problemas y posiciones sobre diferentes temas) se deriva también un medio en el que Anticapitalistas, como organización, debe replantearse a sí misma, desde el realismo que asuma el desequilibrio entre las debilidades de las fuerzas subjetivas del anticapitalismo y los grandes retos de nuestra época. Pero esta asunción nos plantea otro reto a nivel interno que debemos superar: no convertir esto en pasividad, sino convertirlo en voluntad. En un momento de desmoralización política, la resistencia debe construirse sobre una combinación de análisis sobrio y riguroso y voluntad militante.

- Este no es un hecho menor. A pesar de la derrota del ciclo anterior, nuestra organización ha conseguido algunos importantes avances "relativos" en el último periodo. Por primera vez en muchas décadas, una pequeña organización anticapitalista ha intervenido con cierta presencia pública, hemos logrado vínculos con sectores que antes no teníamos, hemos consolidado una estructura de cuadros expandida territorialmente. En sitios como Andalucía estamos disputando la hegemonía a la izquierda del PSOE.

- Nuestras debilidades son también constatables. Cada vez tenemos más dificultades en abrirnos paso en los medios de comunicación, y nuestra red de cuadros necesita renovarse y reactivarse para mantener viva su energía y voluntad de construir activamente un proyecto anticapitalista.

- Es, en ese sentido, como proponemos y asumimos los retos que tenemos en esta fase. Sin veleidades autoproclamatorias propias de las sectas marxistas, somos conscientes de que nuestro futuro pasa por ampliar el espacio social del anticapitalismo en un sentido amplio, fortaleciendo nuestra organización en un sentido político y organizativo, para ser un afluente que tenga la suficiente fuerza como para volcarse en un río que desborde los límites de la izquierda oficial. En ese sentido, nuestra organización quiere ser un factor dinámico en la construcción de una nueva vanguardia amplia anticapitalista y anti-régimen, que proponga una salida socialista, ecologista y feminista a la crisis sistémica. En esta fase, como se deriva del análisis anterior, pasamos de poner en el centro la construcción de una corriente revolucionaria dentro de un bloque antineoliberal a la construcción de un polo radical y anticapitalista, que sienta las bases para ampliar el campo de la lucha política y se prepare para nuevos acontecimientos.

- En este apartado ligaremos el análisis de fase con las tareas, esbozando una serie de cuestiones político-organizativas que nos permitan generar una orientación de trabajo y construcción. Obviamente, no pretendemos dar una respuesta milimétrica a todas las cuestiones, si no generar un marco a desarrollar por la organización en esta nueva fase.

Adaptar la hipótesis a la fase

- Eso implica asumir que estamos en una nueva fase en la cual se ha roto el binomio antineoliberalismo-rupturismo, hipótesis clave sobre la cual construimos nuestra estrategia en la fase anterior. Esta relación se fundamentaba en ciertos procesos que hoy ya no están abiertos. Por una parte, un campo popular dinámico, abierto, y fluido, en ruptura con las organizaciones políticas y sociales tradicionales, que buscaba una nueva representación política y formas de participación. Este movimiento no era homogéneo ni tenía un programa de ruptura: en él convivían muchas pulsiones, pero sin duda, era un proceso con el cual el anticapitalismo tenía la obligación de fusionarse sin disolverse, defendiendo un programa rupturista, un horizonte alternativo de sociedad y la recomposición organizativa del movimiento emancipatorio en un sentido amplio. En ese sentido, las demandas no eran anticapitalistas, pero sí antineoliberales, aunque algunas de ellas podían introducir una dinámica anticapitalista y anti-régimen. Cualquier fuerza política que aspirase a representarlas tenía que asumir esos anhelos y la crítica política contra las instituciones de la clase política que implicaban. Esta situación permitía que nuestra hipótesis de un nuevo partido-movimiento antineoliberal y anti-régimen se verificase tras el 15M. Sin embargo, como hemos descrito más arriba, la dirección que ha terminado adoptando ese movimiento ha sido, por así decirlo, la adopción de un programa paliativo del neoliberalismo o simplemente ante algunos temas ha adoptado la imposible postura de un neoliberalismo compasivo, junto con la renuncia a la ruptura con el sistema político ajustando su acción política al campo de lo posible dentro del régimen mediante propuesta de auto reformas de este. Eso cancela la hipótesis con la que hemos trabajado estos años. Podemos anhelarla, pero no es una hipótesis real. No se fundamenta en el movimiento real de las fuerzas subalternas.

- La tarea de construir una organización revolucionaria implica asumir las fases, y los cambios que se producen. No apostamos en esta fase por un frente amplio con las fuerzas que portan un programa antineoliberal formal pero que renuncian a los métodos para conseguirlos (la lucha de masas, el conflicto social antagonista, la independencia con respecto al neoliberalismo-progresista, la ruptura política). También rechazamos cualquier tipo de hipótesis que se basen en la unidad de la extrema izquierda, de la cual nos hemos separado abiertamente por su sectarismo, inoperancia y lógica fratricida. Apostamos, en esta fase, por reforzar a Anticapitalistas como proyecto político independiente, abierto a las alianzas con fuerzas anticapitalistas abiertas (la mayoría de ellas, vinculadas a la defensa de los derechos nacionales y a la independencia de las naciones sin estado), la inserción y la construcción del movimiento obrero, feminista, ecologista, LGTBI, y otros movimientos y reivindicaciones citadas anteriormente, y el trabajo de corriente, en un sentido de dotar de unidad a los movimientos emancipatorios y un rumbo estratégicamente revolucionario, desde una perspectiva que amplíe el campo anticapitalista en la sociedad. En ese sentido, y como venimos insistiendo, se trata de adaptar la organización a la nueva fase, que fundamentalmente es de acumulación de fuerzas, de rearme y fortalecimiento, en contraste de la fase anterior de disputa por la hegemonía dentro de un movimiento amplio. Lejos de cualquier veleidad politicista, somos conscientes de que se requieren condiciones excepcionales para un salto a la política de masas, tanto en el terreno electoral como en el social. Pero, lejos de cualquier ilusión espontaneísta, una de las lecciones que extraemos de nuestra experiencia anterior es que la preparación para esas fases (que inevitablemente, tendrán rasgos diferentes al ciclo anterior, como ya hemos descrito, aunque

habrá elementos de pervivencia) son fundamentales. En ese sentido, nos espera un reto formidable y, por qué no decir, apasionante.

Recomponer lo político desde las luchas y desde los movimientos

- Como hemos apuntado más arriba, la crisis de la izquierda también se refleja en la pérdida de impulso de los movimientos. Tras fases de fuerte movilización ascendente, es obvio que, al igual que la izquierda política, los movimientos no se han reforzado organizativamente ni generado el tejido fuerte y comunitario que aspiraban a construir. Eso no niega su centralidad, sino que también se trata de repensar desde los movimientos como impulsar nuevos repertorios y formas de acción que permitan fortalecerlos y ampliar el espacio de lo social.

- La ofensiva de la extrema derecha también ha colocado a la defensiva a los dos grandes movimientos emancipatorios de nuestro tiempo, el feminismo y el ecologismo. El negacionismo y la reacción se articulan precisamente contra estas fuentes de liberación de las clases subalternas y son especialmente beligerantes contra estas luchas, por lo que conllevan de cuestionamiento de privilegios y la ruptura con el orden establecido. En el debate social en curso, debemos también señalar los efectos devastadores que está teniendo la mercantilización de la ciencia y la tecnología. La institucionalización de la política, su parlamentarización, también ha provocado que aparezca una tendencia a la mutación en “estado ampliado” de los movimientos sociales, que asumen el papel de lobby o representación de la política oficial en la sociedad civil. Su composición social, aunque muchas veces tenga arraigo popular y sea programáticamente avanzada, sigue estando dirigida por las clases medias “restauracionistas” que buscan más la reintegración y la recuperación del pacto social que un cambio sustantivo de la situación. Dirección en la que no participan, o lo hacen en escasa medida, sectores de clase trabajadora, capaces de llevar el conflicto a los nodos productivos y reproductivos, planteando un marco de lucha más profundo que el de las demandas en el seno del sistema político.

- Además, la composición social de los movimientos del último ciclo ha sido diversa y transversal; desde personas muy jóvenes y poco politizadas en el caso del feminismo, la lucha contra el cambio climático o por los derechos LGTBIQ, hasta los clásicos del sindicalismo y otras luchas de la izquierda en el caso de pensiones, o nuevas incorporaciones de personas que han sufrido recortes en sus derechos o han visto sus condiciones materiales de vida precarizadas. Los argumentarios, programas y demandas, en muchos casos, han sido claramente anticapitalistas, pero por distintos motivos (también en muchos casos), han buscado demasiado la solución institucional, restauracionista o de reconstrucción del pacto social, más que la ruptura. Sea como fuere, han faltado constancia y organización, así como permear más en las clases populares para poder desbordar los conflictos en lo social, laboral y reproductivo.

- Mención aparte merece el movimiento sindical. Al contrario que los movimientos sociales, no ha vivido una renovación organizativa y generacional significativa, exceptuando las agrupaciones de trabajadoras vinculadas a sectores de la producción o los servicios muy feminizados y precarizados que han surgido en los últimos años. Los grandes sindicatos se encuentran atrincherados en las grandes empresas y en la administración pública, donde cuentan con un peso significativo, a pesar del carácter tendencialmente decreciente de este modelo productivo y de organización del trabajo. Su apuesta se limita a la concertación social y a movilizaciones rutinarias, con una afiliación pasivizada y despolitizada, vinculada a recibir servicios cuya participación en la vida interna se ciñe a la escasa que posibilitan unos procesos internos cuasi funcionariales. Actualmente el debate interno queda ceñido a un reducido número de dirigentes y no se observa la existencia de las corrientes internas de radicalización hacia la izquierda que hubo en otros momentos. Sin embargo, a pesar de su osificación burocrática, siguen siendo fundamentales para plantear con seriedad acciones y consignas como la huelga secuencial y

otras formas de lucha que implican un alto grado de implantación y organización y, por supuesto, la huelga general -excepción hecha de la huelga feminista que desbordó a los aparatos sindicales- y para intentar revertir los retrocesos habidos o realizar la defensa de reivindicaciones elementales. Ya que no hay corrientes radicales en su interior, se trata de insertarse en aquellos espacios sindicales más democráticos y combativos, y trabajar por la coordinación sindical anticorporativa (macro y micro) y contra la concertación social. Se trata de trabajar por construir un sindicalismo social de nuevo cuño que deberá hacerse posible desde fuera, con nuevas prácticas de cooperación social, y desde dentro, creando corrientes a favor de la unificación de las luchas y el avance de las prácticas e ideas alternativas, tratando de ganar a sindicalistas no burocratizados allí donde estén, para que un nuevo sindicalismo sociopolítico y socialista sea posible.

- La izquierda sindical tiende a reproducir este modelo a pequeña escala, pero con núcleos más activos y radicalizados políticamente, e implicados siempre como el ala más combativa en la base. Sin embargo, se ha desarrollado un fuerte conservadurismo burocrático en algunos de los pequeños sindicatos, que asume el rol de izquierda sindical, sin disputar un nuevo modelo de organización obrera, así como una predisposición a la división en la acción muy poco productiva. Las pequeñas asambleas de trabajadores que han surgido los últimos años demuestran que hay sectores de la clase trabajadora que no se sienten representados por los sindicatos y abren campos de reivindicaciones antes no explorados. Tanto en esas asambleas como en los muy diversos conflictos que vienen dándose, aparecen -con diferente grado de peso según los casos- militantes obreras de vanguardia, con clara primacía de mujeres. Asambleas y conflictos que suponen experiencias clave a la hora de colocar ciertas demandas en la esfera pública. Sin embargo, no han dado el salto organizativo y la mayoría de ellas son agrupaciones reducidas, constantes, muy vinculadas a demandas concretas y con cierto déficit en cuanto a la perspectiva de impulsar una alianza amplia de la clase trabajadora, lo que les supone el riesgo de aislarse y de perder fuelle progresivamente.

- Asimismo, la aparición de Vox da un nuevo impulso al racismo en la sociedad con la puesta en circulación de discursos racistas en los medios de comunicación, redes sociales y en la tribuna de las instituciones. Esto produce una nueva legitimación del racismo en individuos, grupos y el sistema social, institucional y legal. De esta forma, la entrada de Vox en las instituciones está revirtiendo las políticas que, aunque fuera un puro formalismo, tenían la "integración", la convivencia y la diversidad como ejes, incluso en donde gobernaba el PP con mayoría.

- Tampoco podemos olvidar que la discriminación laboral contra las personas migrantes se genera por la negativa a legalizar su residencia y se agrava por la concentración de esa población en los sectores laborales (construcción, hostelería, agricultura, trabajadoras del hogar y los cuidados) donde los abusos, la explotación y la precariedad laboral son mayores. Debido a esto, en los últimos años muchas luchas antirracistas han sido protagonizadas por personas migrantes, muchas en situación irregular administrativa. La defensa de los derechos de los migrantes ha conseguido cierta visibilidad a escala estatal. Pero habría que señalar que, aunque personas migrantes y racializadas como no blancas tengan o adquieran la nacionalidad española, esto no se traduce en un cambio de su posición de clase independientemente de su lugar de nacimiento.

- Hoy, la mayoría de las organizaciones y colectivos rechazan la supuesta distinción entre personas migrantes (por razones económicas) y refugiadas (por persecución política, o conflictos armados), sobre todo cuando se plantea en términos de quiénes "merecen" ser acogidos y quienes no. Esto no significa que no haya (y debe haber) un trabajo específico en relación con el asilo, exigiendo al Estado que, como mínimo, cumpla con el derecho internacional en la materia, subsanando las deficiencias en el sistema y que acoja a las personas solicitantes.

- El devenir propio del movimiento anticapitalista -a nivel estatal e internacional- sumado al papel central que el racismo tiene en la nueva ola reaccionaria, exige que se ponga un mayor peso en la intervención antirracista, como recoge la propuesta de resolución aprobada por este congreso y que sienta las bases políticas para la constitución de un área propia. El racismo está siendo útil para la extrema derecha y su discurso divisorio de las clases populares desviando la atención hacia la población no-blanca y también migrante. Usada como chivo expiatorio, hace recaer la "culpabilidad" sobre los problemas e insatisfacciones en la sociedad capitalista. La respuesta debe ser "todos los derechos efectivos para todas las personas". No basta con apelar, en abstracto, a la unidad de clase. El antirracismo requiere un abordaje específico, si bien cabe decir que nuestra intervención no cubre todos los frentes antirracistas que serían deseables siendo las principales ausencias el antigitanismo y la islamofobia. Así, podemos ver cómo en nombre de "la defensa de derechos" (que no se respetan en nuestra sociedad) se ataca a las personas musulmanas, su cultura y religión. Se trata de defender el derecho de practicar esta religión, como cualquier otra, y, sobre todo, fortalecer los mecanismos de defensa de las personas musulmanas que son especialmente vulnerables en la actual situación de auge del racismo. Luchar por la unidad de la clase trabajadora y de los movimientos emancipatorios pasa por combatir la extensión del racismo y la islamofobia entre las clases subalternas.

- Por todo lo anterior, consideramos básico defender la autonomía de los movimientos sociales y sindicales frente al Estado, dotándose de una agenda propia y de una total independencia organizativa del mismo. También consideramos que la separación entre lo político y lo social, aunque sea útil metodológicamente, implica una separación de esferas artificial que, en realidad, solo sirve como puente ideológico para subordinar a los movimientos sociales al sistema político realmente existente. Sin un horizonte y sin un proyecto político anticapitalista, sin un marco general de transformación social revolucionaria, los movimientos sociales están condenados al reformismo; sin base social activa y dinámica, las organizaciones revolucionarias están condenadas al politicismo impotente, o a la lucha electoral despiadada sin ningún horizonte transformador.

- Ampliar el espacio de los movimientos sociales significa generar dinámicas que tengan como objetivo trascender las fronteras endogámicas que marcan la acción de la izquierda en tiempos de reflujo. No intervenimos en los movimientos sociales para cooptar uno o dos militantes, ni para fraccionarlos en líneas sectarias, como hace el estalinismo y la peor tradición "trotskista". Intervenimos en ellos para fortalecerlos, ampliar el espacio del anticapitalismo en la sociedad y, sobre todo, dotar de bases políticas, organizativas e ideológicas a las clases trabajadoras. Es decir, son una forma para "ir a las masas", sin desprestigiar la más que necesaria labor de temas minoritarios socialmente, pero de una importancia central en el proyecto de una sociedad emancipada y libre.

- Nos parece importante también señalar como tarea fundamental, que debe tomarse como objetivo básico para el nuevo ciclo, ampliar los movimientos, con el objetivo de extravasar los distintos espacios de militancia, haciéndolos operativos para llegar a personas no politizadas. Las posibilidades reales de avanzar y plantar cara a la "guerra cultural y del discurso", en la que estamos ya en disputa con la reacción y la extrema derecha, pasa por ser capaces de colocar nuestras ideas en espacios diversos de todo tipo, y dar herramientas a las clases populares, para no verse interpeladas por los discursos del odio y la exclusión como solución a sus problemas o las crisis vigentes y que vendrán. Centros educativos, asociaciones culturales, de barrio, espacios de ocio, de socialización y de trabajo, familiares, de consumo, cualquier lugar en el que transcurra lo cotidiano más allá de los lugares clásicos de militancia o donde se agrupa la izquierda. Esto debe ser una práctica esencial que atraviese toda nuestra práctica política.

- En ese sentido, se hace urgente que adoptemos formas de intervención sobre unas premisas más claras y estratégicas que las que hemos tenido en la fase de auge del movimiento. Se trata

de extraer lecciones y de contribuir a dotar de un horizonte a los movimientos y a nuestra clase, proporcionando ideas programáticas y luchando por dotar de un horizonte anticapitalista al conjunto del movimiento. En ese sentido, la propaganda paciente y la explicación de ideas en diálogo con los sectores activistas del movimiento es fundamental. También es fundamental impulsar la idea de que la concertación social es un límite objetivo para las conquistas sociales y que solo una estrategia basada en amenazar el orden político y la reproducción de capital es capaz de lograr conquistas sociales inmediatas.

- Pero también debemos reflexionar sobre los límites y buscar generar propuestas político-organizativas que permitan fortalecer los movimientos sociales y sindicales. Una de ellas es la idea de la unidad. Excepto en luchas concretas, como en su momento la huelga feminista, la tendencia de los movimientos sociales y sindicales es a la dispersión, al salto de una demanda a otra, parcializando las reivindicaciones y generando marcos fragmentarios en donde cada movimiento se dedica a los suyos. Esto no significa relegar luchas ni considerar que ciertas demandas se deben olvidar ante la demanda principal: todo lo contrario. Significa lucha ideológica, política y organizativa para que ninguna demanda quede atrás, y poder representar y unificar a toda la clase trabajadora y los movimientos en torno a una amplia alianza social, en la cual los sectores con mejores posiciones materiales y estructurales en la sociedad se solidaricen activamente con los otros sectores. En ese sentido, asumimos como tarea generar experiencias y redes unificadoras por abajo, así como una alianza social, tanto de ramas y sectores como de luchas, que implique a todos los movimientos a la izquierda de las burocracias sindicales: movimiento sindical, feminista, ecologista, asociaciones de trabajadores, movimiento LGTBI, y otros movimientos y reivindicaciones citadas anteriormente. Esto, por supuesto, no debe hacerse sobre la liquidación organizativa de ningún tipo de experiencia, pero sí a través de avanzar formas de coordinación estable, democrática, asamblearia y con agendas comunes, que defiendan una política de frente unido en la lucha y a la vez dispute con las organizaciones sindicales oficiales, así como con las extensiones del Estado en la sociedad civil.

- La hipótesis de la conformación de una especie de Intersindical que aglutine toda la izquierda social y sindical a la izquierda de UGT y CCOO no evita, como venimos repitiendo, la necesidad de establecer consignas y propuestas de campañas comunes de cara a los sindicatos mayoritarios, dentro de la tradicional estrategia de Frente Único. Para el conjunto de activistas de nuestra organización en todo el Estado español, esta es la única manera de ganarse el oído de una mayoría de trabajadores en la mayor parte de sectores económicos existentes.

- Somos conscientes de que todo esto no es realizable a corto plazo, ya que no existe ningún núcleo vertebrado con la capacidad hegemónica para llevarlo a cabo, y que los particularismos y los intereses de pequeña capilla priman sobre el horizonte común. Pero eso no obvia que sea una tarea de clase y que solo a través de su defensa sea posible generar las condiciones de su realización. Esta será una consigna central para Anticapitalistas en el próximo periodo y apostamos por vertebrar una corriente “no orgánica” en torno a esta consigna.

Nuestra apuesta confederal

- Tras lo expuesto cabe destacar que el marco en el que se expresa en primera instancia la correlación de fuerzas entre las clases tanto en su expresión social como política es el del Estado español. Marco que, en segunda instancia, está también determinado por la pertenencia a la UE y la OCDE y por su ubicación en la división internacional del trabajo en el sistema mundial capitalista. Y, a su vez, dada la composición del Estado español que nunca concluyó en un proyecto nacional único, coexisten diversas identidades nacionales, sus manifestaciones, conflictos, agentes sindicales y políticos, que reflejan también la existencia de la cuestión nacional pendiente de resolución, actualmente combinada con una creciente crisis territorial

de naturaleza diferente a la nacional, pero que expresa problemas y reivindicaciones insatisfechas tanto por las viejas fórmulas unitaristas como por el propio “Estado de las Autonomías” que produce relaciones de dependencia y subordinación vinculadas a la división del trabajo dentro del Estado español y al modelo productivo impuesto por el capital. Existe una relación centro-periférica que es constitutiva del Estado Español y que implica también formas políticas concretas, resistencias y luchas en torno a esta cuestión.

- Dicho eso, no creemos que sea real y operativo el concepto “marco autónomo de la lucha de clases” en las naciones sin estado ni soberanía que configuran el actual Estado español. El conflicto social y político viene determinado por la existencia de una gran burguesía española cuyos intereses estratégicos coinciden en lo fundamental con los de las fracciones nacionalistas de las burguesías de las naciones sin Estado, pese a que en algunos aspectos puedan tener especificidades propias. Intereses que son comunes tanto en el ámbito europeo como en el de sus relaciones con la clase trabajadora en el conjunto del Estado español. Por ello, las diferentes organizaciones patronales exponentes de los diversos sectores financieros, industriales y comerciales hacen causa común en aspectos centrales: legislación laboral, salarios, pensiones, cuestiones energéticas, modelos de desarrollo y crecimiento, uso de los fondos europeos, etc. Y aún más importante: son el soporte del régimen del 78 y recurren a los mecanismos coercitivos y represivos y al conjunto de instituciones del Estado burgués para imponer su dominación en la sociedad. Si bien es cierto que tanto la historia y tradiciones como la fortaleza material, numérica y organizativa de la clase obrera es diferente en los diversos territorios y, por tanto, la correlación de fuerzas en las luchas también lo es.

- Asimismo, hay que señalar que la existencia de la cuestión nacional es un factor de primer orden en la politización y en la configuración misma de las organizaciones sociales, sindicales y políticas de las naciones sin estado. Por lo que es preciso tener en cuenta que existen especificidades y diferencias en los ámbitos autonómicos de relaciones laborales que es preciso conocer. En los mismos intervienen sindicatos de ámbito autonómico, particularmente en Galicia y Euskal Herria e incipientemente en otros territorios, que logran ser mayoritarios en sectores productivos o en el conjunto de sus comunidades a diferencia del ámbito estatal donde se les margina. Logran con frecuencia mejores convenios colectivos, confrontan con el gobierno autonómico correspondiente en el ámbito del personal bajo su servicio y dejan en evidencia las posiciones de clase en las naciones sin Estado, lo cual resulta clarificador.

- Y ello nos conduce a establecer la necesidad de una estrategia emancipatoria a escala del Estado español cuyo primer pilar es la unidad de la clase trabajadora en la lucha contra el capital y por el socialismo, contra la “cárcel de pueblos” que es España y por el derecho a la autodeterminación de estos, incluida la independencia, y a favor de la creación de una Confederación de Repúblicas basada en la unión libre de los pueblos. Ello supone defender a escala confederal el derecho a la independencia de las naciones sin Estado y puede implicar el apoyo al “sí” en un referéndum de independencia por parte de nuestra organización de la nación correspondiente. Así, Anticapitalistes en Catalunya pidió el voto para el “sí” el 1 de Octubre y a escala confederal consideramos que esta era la consigna más rupturista ante el referéndum en la coyuntura concreta en qué se celebró. A su vez, no es posible construir una sociedad ecosocialista sin atender la cuestión de la autodeterminación de las naciones sin Estado, la autodeterminación en todos los terrenos (económicos, ecológicos, sociales y políticos), la lucha contra todas las opresiones de género, raza u orientación sexual, y la dinámica necesariamente internacionalista de la lucha por la emancipación social.

- Buscamos sinergias estratégicas entre las perspectivas opositoras al régimen de 1978 e intentamos articular las propuestas (con)federalistas con las independentistas. La libre unión federal/confederal supone el derecho a la independencia y a la separación, y la defensa o adquisición de la independencia no cierra la posibilidad de una unión federal/confederal. Nues-

tra forma de plantear el problema es diferente que la del republicanismo federal español y la del independentismo de las naciones sin Estado: apostamos por una gran alianza confederal de los pueblos, que decida por separado pero que marche y golpee junta, frente al régimen del 78.

- Esto implica que Anticapitalistas trabaja en el seno de los movimientos nacional-territoriales con esa vocación de lucha y alianza unitaria, buscando una estrategia que confederalice las fórmulas políticas en la lucha por la autodeterminación democrática de los pueblos del Estado.

- En ese sentido, la experiencia de Adelante, todavía incipiente y por comprobar su viabilidad electoral, supone un reto para toda la organización en Andalucía y más allá de Andalucía. No hay duda de que para nuestra organización supone una apuesta de particular importancia, porque es en el único sitio en donde disputamos de forma real la hegemonía a la izquierda del PSOE. En ese sentido, es necesario reforzar política, organizativa e ideológicamente a la organización andaluza, reforzando sus vínculos con el conjunto de la organización confederal e insertando la apuesta en un marco más amplio y general. En ese sentido, se trata de adaptar nuestras tesis generales de forma creativa al marco andaluz, huyendo de aplicaciones mecánicas, pero también de tentaciones como el nacionalismo frente-populista o desligarse programáticamente del programa socialista en aras de un discurso identitario, buscando fórmulas propias para dotar de un marco organizativo propio a las clases trabajadoras andaluzas.

- Si Adelante Andalucía se mantiene electoralmente, habremos conseguido el objetivo de generar un foco Anticapitalista viable electoralmente en una zona clave del Estado. No hay duda de que las dificultades de Adelante deben ser estudiadas en detalle, pero las preguntas son: ¿es una apuesta que indica un nuevo camino de lucha a explorar, en una fase en donde la evolución de UP bloquea la construcción de un proyecto que vaya del “centro a la periferia”? ¿Puede funcionar Adelante como una base roja que nos permita irradiar experiencia en otras zonas del estado, en donde la cuestión nacional-territorial o la contradicción centro-periferia juega un rol central? Eso implica, por supuesto, asumir que el andalucismo tiene rasgos idiosincrásicos propios, pero también que manifiesta y canaliza ciertos problemas estructurales que también están presentes en otras zonas del Estado. Esta incógnita está todavía por resolverse, pero en todo caso, el discurso y el programa contra el centralismo y en favor de una solución confederal, debe ser asumido por la organización en todas los territorios e instancias.

- Ello comporta dos movimientos simultáneos no exentos de tensiones y problemas entre sí. Por un lado, poder establecer alianzas, incluyendo las electorales, en función de la situación, fuerzas presentes, tradiciones de lucha y realidad de Anticapitalistas en cada nación y región. No es posible utilizar fórmulas idénticas en todas partes. Ello conlleva también la construcción de las fórmulas más adecuadas y las formas de aparición pública pegadas a la realidad e identidad en cada caso más vinculadas al territorio, lo que implica el uso de lenguas nacionales, símbolos, etc. Por otro lado, es imprescindible, para llevar adelante una estrategia a escala estatal y no desgarrar la alternativa revolucionaria por el efecto tijera haciéndola inoperante, construir una organización anticapitalista sólida y cohesionada, dotada de un programa y una estrategia claras y comunes producto del debate colectivo, formada por militantes y cuadros vinculados a las luchas con implantación en el movimiento y que colectivamente mediante la unidad de acción construyen un proyecto revolucionario estatal. Esa combinación de organización política y alianzas (políticas, sociales y electorales) es clave en el periodo actual. En ese sentido, la intervención parcial no debe ocultar la necesidad de una orientación a escala estatal y trabajar para construir un proyecto político revolucionario, ecosocialista, feminista y confederal que tenga expresión unitaria a escala estatal.



anticapitalistas

Plaza Peñuelas, 3
28005 MADRID



RESOLUCIÓN

Abajo los imperialismos,
combatamos las guerras
y la remilitarización
capitalista

Resolución de Anticapitalistas, aprobada por la Coordinadora Confederal el 29 de mayo de 2022.

Abajo los imperialismos, combatamos las guerras y la remilitarización capitalista

La inaceptable invasión del régimen de Putin contra Ucrania ha vuelto a traer la guerra a Europa y ha desatado una serie de tendencias presentes en el capitalismo. Esta resolución pretende dotarnos de un marco de análisis y de acción básico, de la forma más concisa posible, recogiendo una serie de posiciones producidas por los debates en curso en nuestra organización.

1.- La invasión del régimen de Putin contra Ucrania es una invasión imperialista, en la cual, una potencia regional estructurada en torno a un régimen oligárquico, nacionalista reaccionario y ultra-conservador trata de mantener su esfera de influencia mediante la guerra, estableciendo en sus contornos gobiernos afines mediante el ejercicio de un poder duro. Nos posicionamos sin ambages contra esta invasión y nos solidarizamos con el pueblo ucraniano.

2.- En esta guerra conviven al menos 3 factores que se entrecruzan, conformando un marco extremadamente complejo y lleno de dificultades. Por una parte, la invasión imperialista rusa impulsada por el régimen de Putin. Por otro lado, una guerra civil en una zona de Ucrania que ya dura 8 años, generada por una burguesía ucraniana portadora de un proyecto etno-nacionalista, incapaz de ofrecer un proyecto plurinacional, y azuzada por el intervencionismo ruso. Ambos sectores son co-responsables del fracaso de los acuerdos de Minsk. Por otro lado, un conflicto inter-imperialista entre bloques. EEUU, con la complicidad subalterna de la UE, trata de convertir el legítimo derecho del pueblo ucraniano a resistir en una guerra "proxy" (indirecta a través de terceros países) en un debilitamiento de Rusia, pero apuntando a China, con la intención de reforzar su rol de hegemonía en el capitalismo global. Los envíos de armamento militar y las sanciones contra Rusia no son muestras de solidaridad con el pueblo ucraniano, sino que se enmarcan dentro de esta estrategia.

3.- Es obvio que el régimen de Putin no ha conseguido sus objetivos inmediatos en esta guerra: Ucrania ha resistido la invasión, apoyada en parte por el apoyo militar y financiero de las potencias occidentales, pero sostenida por la voluntad de la mayoría del pueblo. La guerra se estanca, se cronifica y tiene visos de prolongarse: ninguna de las partes parece capaz de dar una salida al conflicto.

4.- Nuestra posición en este conflicto se basa en tres principios socialistas fundamentales: la independencia de clase con respecto a los gobiernos capitalistas, la solidaridad internacionalista y el derecho de auto-determinación de los pueblos. En ese sentido, asistimos con preocupación a los efectos de la guerra tanto en Ucrania como en Rusia, y alertamos de que la prolongación de la guerra agudiza las tendencias más reaccionarias sobre el terreno, así como el peligro de una escalada nuclear y la extensión territorial del conflicto. El gobierno de Putin ha reprimido con fuerza a los sectores anti-guerra en Rusia y promueve un nacionalismo reaccionario y neozarista exacerbado, que busca cohesionar al país en torno a su camarilla oligárquica con el objeto de encuadrar a la población ante la crisis bélica. El gobierno de Zelenski ilegaliza a la oposición y fomenta los lazos de la burguesía ucraniana con EEUU, mientras persigue un modelo de nacionalismo ucraniano anti-plurinacional. En ambos países la extrema derecha se ha normalizado y aprovecha la dinámica de la guerra para fortalecerse.

5.- No hay duda de que ambos regímenes son adversarios de la clase trabajadora, las mujeres, las disidencias sexuales y de cualquier proyecto socialista. Un movimiento emancipador internacionalista debe luchar por una solución que recupere el horizonte de otro tipo de relaciones entre los pueblos: es decir, que ponga en el centro relaciones solidarias y fraternales entre el pueblo ruso y ucraniano, acabando con la opresión gran rusa sobre Ucrania y el intervencionismo de Estados Unidos y la OTAN en la región.

6.- En ese sentido, somos conscientes de que hay una serie de problemas contradictorios. Reconocer el derecho del pueblo ucraniano a resistir la invasión no puede suponer en ningún caso avalar el proyecto etnonacionalista excluyente de su dirección política, ignorar los lazos del gobierno de Zelensky con EEUU o hacer la vista gorda ante el auge de la extrema derecha. Lo mismo con respecto a Rusia: oponerse al expansionismo de la OTAN implica también el rechazo al régimen ultraderechista de Putin y a sus pretensiones de reconstruir su zona de influencia en torno a un orden imperial, que ayuda a aplastar revoluciones en Siria y revueltas obreras en Kazajistán, mientras impone una política anti-obrera y anti-movimientos LGTBI y feministas en el interior del país. En ese sentido, una tarea fundamental del socialismo internacional es reforzar a los sectores de izquierda en Ucrania y Rusia. Esta es la mejor forma de evitar una deriva todavía más reaccionaria y de generar alguna esperanza de cara al futuro. Nuestra campaña de solidaridad, modesta pero necesaria, ha aportado fondos a ambos sectores.

7.- Dicho esto, somos conscientes de la actual relación de fuerzas y proponemos un plan de lucha basado en una movilización popular a escala global para frenar una guerra desastrosa sobre las siguientes consignas:

- Retirada inmediata de las tropas rusas de Ucrania.
- Asegurar la libre determinación del pueblo ucraniano defendiendo su neutralidad y no alineamiento ante todos los imperialismos.
- Derecho de autodeterminación para el Donbass bajo la supervisión de países no alineados en el conflicto.
- Cancelación de la deuda externa a Ucrania.
- Desmilitarización y desnuclearización de las fronteras. Fin del envío de armas por parte de países imperialistas.

8.- Esta guerra ha mostrado toda la hipocresía racista y colonial del capitalismo occidental. La UE acoge refugiadas ucranianas mientras cierra sus fronteras a la población de otros países. EEUU y la UE arman a Ucrania, pero se niegan a apoyar a la resistencia saharauí o Palestina. Nos solidarizamos plenamente con las personas refugiadas por culpa de esta guerra y extendemos nuestra solidaridad a todos los pueblos que sufren la guerra y la opresión, exigiendo al gobierno de nuestro estado que lleve a cabo una política consecuente.

9.- La guerra tendrá efectos brutales a escala global. Por una parte, las potencias imperialistas tratarán de reordenar el mundo a través de este conflicto. EEUU ha subordinado a Europa a su política y busca subyugarla económicamente a través de los hidrocarburos, exportando así su proceso inflacionario. Por otro lado, asistimos a una preocupante escalada remilitarizadora, que se concreta en la expansión de la OTAN (por ejemplo, en Suecia y Finlandia), en un drástico aumento del gasto militar y en una aceleración del desarrollo de las "fuerzas destructivas" que amenazan la vida en el planeta, profundizando así la dimensión ecológica de la crisis. También generará una crisis de suministros básicos en buena parte del mundo, que sufrirán especialmente los países más empobrecidos.

10.- Es una cuestión política central en este periodo luchar contra esta remilitarización de Europa, contra el drenaje de recursos sociales que esto supone y contra las políticas neo-imperialistas y racistas de nuestros gobiernos. En ese sentido, y como conclusión final: si los bloques capitalistas se preparan para la guerra, la clase trabajadora debe prepararse para la lucha contra

la clase dominante. Debemos convencer pacientemente a la clase trabajadora de que merece la pena combatir contra el militarismo, ya que, en esta época de crisis, estará asociado a un fuerte deterioro, vía inflación, de las condiciones de vida de amplios sectores de la sociedad. Nuestra tarea es contribuir a ligar ambas cuestiones, construyendo un movimiento anti-militarista y contra la crisis lo más amplio posible.





anticapitalistas